



Plus Ultra



Una profecía



Iperbiotina Malesci

del
Profesor Dr. Malesci,
de Firenze (Italia).

Admirable preparación para combatir la neurastenia, senilidad prematura, cansancio físico y moral, anemia y clorosis, enfermedades de la sangre, padecimientos de las señoras, peligros de la adolescencia, memoria debilitada, convalecencia de enfermedades, insomnio y jaqueca nerviosos.

Hace ya años que el ilustre fisiólogo Brown-Sequard, de la Academia de Medicina de París, asombró al mundo con los resultados que obtuvo inyectando en el cuerpo humano jugos obtenidos de animales, con lo cual demostró prácticamente, sin dejar lugar a duda, la facilidad con que podía llevarse al organismo debilitado del hombre, la savia robusta y vigorosa de las razas inferiores.

El doctor Malesci, fundándose en estos experimentos previos y firme creyente en los estudios del sabio citado, dedicó sus esfuerzos durante mucho tiempo a perfeccionar la nueva escuela y sobre todo a buscar la forma de obtener el mismo resultado que Brown-Sequard, sin necesidad de la peligrosa y molesta inyección.

Ese resultado es: la Iperbiotina Malesci.

La Iperbiotina Malesci está compuesta con el elemento activo del jugo orgánico de animales jóvenes y vigorosos debidamente combinado con otras sustancias tónicas de origen vegetal y animal, pero con exclusión completa de los productos minerales.

La escrupulosidad con que está preparada la Iperbiotina Malesci, constituye la mejor garantía para el enfermo, pues ni un solo frasco sale del laboratorio sin que su contenido haya sido previamente esterilizado según el sistema Pasteur y sin que su perfecta inocuidad haya sido plenamente comprobada.

La Iperbiotina Malesci ha sido llamada por médicos eminentes "el gran descubrimiento científico de las épocas modernas", y los hechos prácticos, así como el favor siempre creciente que se le dispensa en el mundo entero, corroboran esa opinión tan halagadora para su inventor.

Pasarán días, pasarán años!

pero llegará un momento que al historiar los éxitos de las grandes preparaciones de base científica, ocupará lugar preferente

Iperbiotina Malesci

Sus maravillosas propiedades no se discuten;
sus efectos nunca fallan.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscrita en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

M. C. de Monaco -

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina:
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.

NOTA. — No habiéndose mínimamente alterado el precio de la IPERBIOTINA MALESCI, no debe pagarse absolutamente precio superior de lo que comúnmente se ha pagado.

EL FETICHISMO A TRAVÉS DE LAS EDADES



ÍDOLO CON CASCO Y PLUMAS

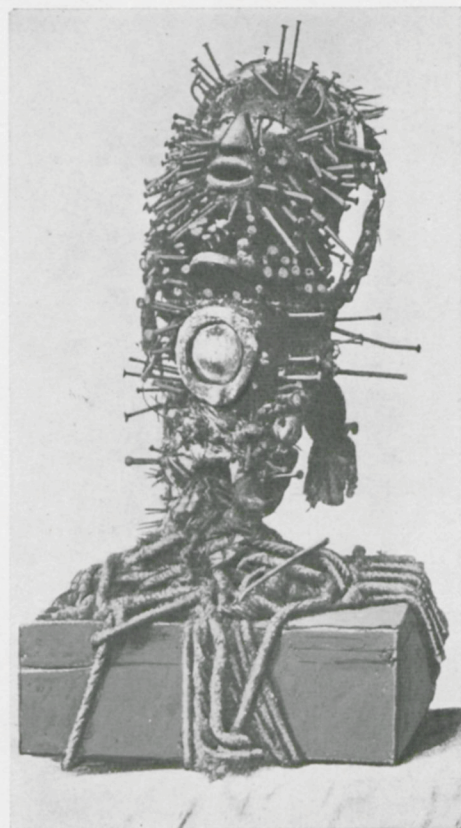
Los portugueses llamaron fetiches, de la palabra lusitana *feitico*, que significa hechizo, a los ídolos adorados por las tribus negras de Africa. El fetichismo es un resto de costumbres salvajes, cuyas primeras manifestaciones han encontrado los geólogos en los restos de épocas prehistóricas. En el período neolítico se manifiesta ya claramente el culto hacia seres sobrenaturales que se representan bajo una forma humana. Se les esculpía en las paredes de los vestíbulos de ciertas grutas funerarias, consagrándoles además idolillos de tierra cocida. El hacha de piedra, que tantos servicios prestó como instrumento y como arma, parece haber poseído caracteres divinos. Los grandes monolitos, cuyo uso nadie pudo precisar todavía,

tal vez fueron enormes fetiches. En apoyo de esto, puede citarse los acuerdos adoptados en los concilios de Arlés, 425, Tours, 567 y Nantes, 658, por los que se declaraba culpable de sacrilegio a los hombres que continuaran adorando los monumentos prehistóricos.

Lejos de desaparecer, el fetichismo se desarrolla más durante las otras épocas. En las edades del bronce y del hierro, muchos objetos de dichos metales se convierten en talismanes. Y no hablemos de las edades media, moderna y contemporánea, tan conocidas de nosotros. Un trozo de herradura, un cuernecillo de coral, trozos de cuerdas de ahorcados, etc., son talismanes que confirman la permanencia de las supersticiones milenarias.

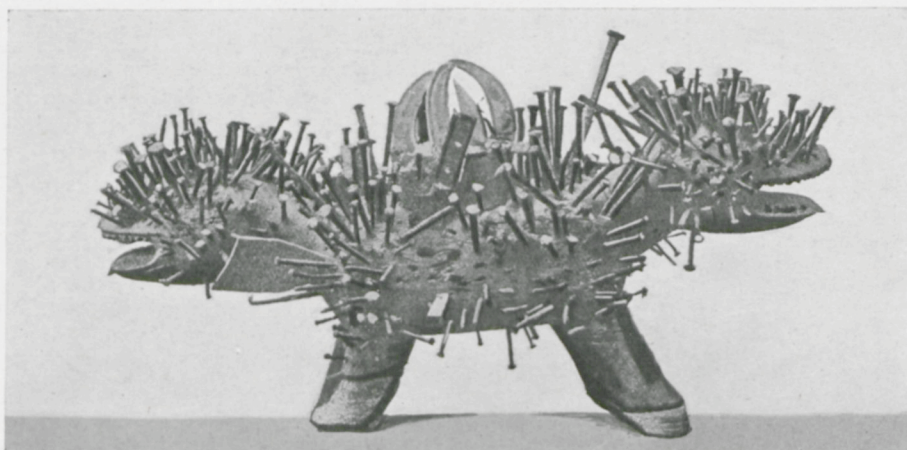
Pero donde el fetichismo conserva todos sus fueros es en Africa, entre los negros. Para el hombre de color, que aun vive en su país de origen, el fetiche representa uno de los innumerables genios invisibles que le rodean, genios malos, vengativos y crueles, por lo general.

Loango, capital del Congo francés, es considerada como la Meca del fetichismo. Allí se encuentran los ídolos más curiosos y característicos. El arte religioso de los negros no es muy refinado; por el contrario, tienen el aspecto de monigotes, mal tallados en madera. Los adornos también pertenecen al género más estrafalario: plumas, espejos, talismanes, clavos, girones de tela, trozos de limas, de cuchillos, etc. Todo lo que brilla, lo que es extraño, va a incrustarse en el cuerpo del ídolo. Dan idea de tales divinidades nuestros tres grabados. Los dos primeros representan fetiches favoritos de los loangueses. El tercero quiere asemejarse a un perro de dos cabezas. Cuando los negros necesitan protección contra los fusiles europeos, contra los hechiceros, serpientes;



FETICHE CON ESPEJOS SOBRE LA CABEZA Y EL ABDOMEN

cuando desean tener fortuna en la guerra, la caza o el amor; cuando buscan el modo de curar una enfermedad, vengarse de un enemigo o capturar un ladrón, se dirigen al fetiche predilecto y mediante cualesquier objetos de desecho, consiguen su propósito. Hay que añadir que el sacerdote fetichista exige además el sacrificio de una cabra o de un ave, cuya carne le pertenece por derecho propio.



FETICHE EN FORMA DE PERRO, CON DOS CABEZAS

PERSEGUIDO POR UN TEMOR INDETERMINADO



Al que no goza de perfecta salud, le persigue el espectro de la vejez prematura y de la tristeza abrumadora; muchas enfermedades, cuya causa se ignora, provienen del estómago o de los intestinos, se descuidan porque no hay peligro de muerte; pero, una vez crónicas, son insufribles y engendran la desesperación. Los desgastes físicos, consecuencia de la actividad excesiva, hacen que la mayor parte de la humanidad esté enferma del ESTOMAGO, y es necesario prevenir muchos males que ocasionan una mala digestión. "STOMALIX" Saiz de Carlos, conserva la integridad de su organismo. Es el TONICO-DIGESTIVO por excelencia. Su eficacia y su sabor agradable, han conquistado la fama mundial que goza. "STOMALIX" debe ser su compañero en la mesa. Venta Farmacias. Pidan folleto a Carlos S. Prats, San Martín, 66, Buenos Aires.





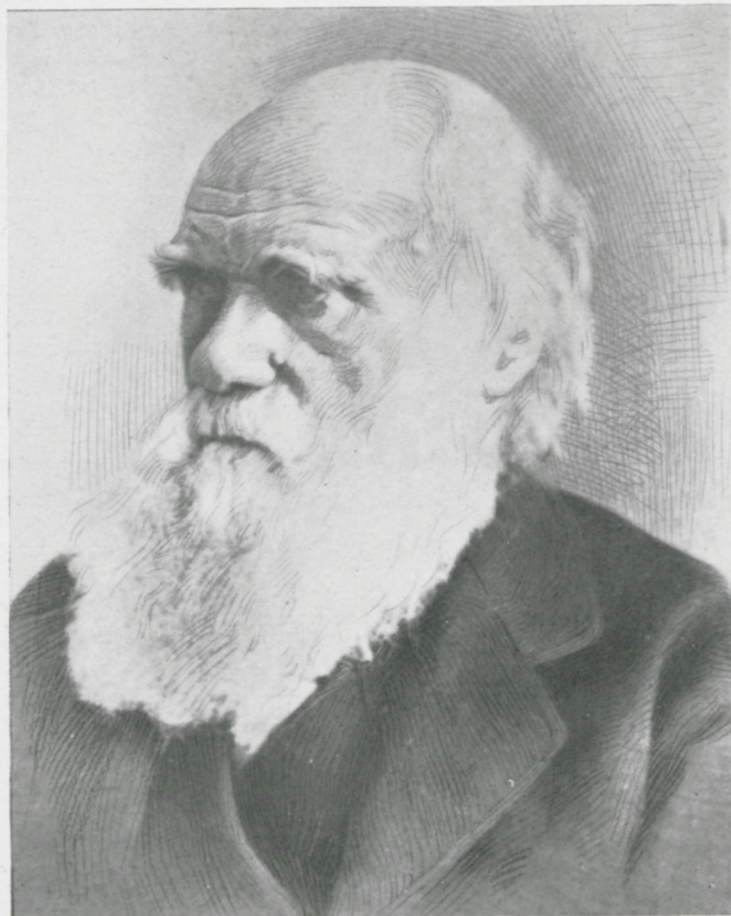
Ahora, durante la estación invernal, cuando su organismo se resiente de la baja temperatura, tonifíquese con el delicioso

Oporto Dom Luiz

VIERTALO en copa fina de cristal y repare en su brillantez que deleita la mirada con sus prismas limpidos como la luz del sol.

ASPIRE el finísimo perfume que emerge del contenido de la copa como si albergara en su seno misteriosa flor.

SABOREE su delicada tonicidad, digno complemento del conjunto ideal que reconforta y repone las energías cual maravillosa fuente de salud.



Con ojo atento, como el que empleaba en vigilar los amores entre un insecto y una orquídea, Darwin se vigilaba a sí mismo. Llegó a ser muy ducho en este conocimiento difícil, recomendado en el frontis del templo de Delfos. He aquí cómo él analizaba el linaje del propio espíritu.

Leemos en la *Autobiografía*: «Yo no tengo una gran rapidez de concepción o de ingenio, cualidad tan notable en algunos hombres inteligentes, por ejemplo, Huxley. Soy, pues, mediocre como crítico. El leer algo en un libro o en un periódico, tanto me impulsa a la admiración, que únicamente tras reflexión prolongada llego a ver los puntos flacos. La facultad que permite seguir una larga y abstracta serie de pensamiento es, en mí, extremadamente limitada. En matemáticas o en metafísica hubiera fracasado. Mi memoria es extensa, pero nebulosa: es, en general, la suficiente para advertirme, de una manera vaga, que he leído o bien observado algo, opuesto o favorable respecto a la conclusión que estoy deduciendo. Al cabo de unos instantes, recuerdo el lugar de donde debo sacar la indicación. Mi memoria, en cierto sentido, deja tanto que desear, que jamás he podido recordar más que unos cuantos días una fecha, una línea o una poesía. Muchos de mis críticos han dicho: «Es un buen observador, pero no tiene ningún poder de raciocinio». No creo que esto sea exacto. El *Origen de las especies* es, desde el principio al fin, un largo raciocinio, que ha podido convencer a un cierto número de personas inteligentes. Nadie hubiera podido escribirlo, a no estar dotado de alguna fuerza de razonar. Yo creo tener tanto sentido común y buen juicio como un hombre de ley o un doctor de fuerza mediana, pero no más. Por otro lado, me creo superior a la generalidad de los hombres, en lo de notar cosas que escapan generalmente a la atención y para observarlas con cuidado. Mi ingeniosidad ha sido la más grande posible, para la observación y acumulación de hechos. Y, lo que tiene más importancia, mi amor a las ciencias naturales ha sido constante y ardiente... He tenido mucho tiempo para mí por no haberme visto en la necesidad de ganarme el pan. La enfermedad ha inutilizado algunos de los años de mi vida; pero ha tenido una ventaja y es que me ha librado de distraerme en las diversiones de la sociedad. Mi éxito como hombre de ciencia, a cualquier grado que se haya elevado, ha sido determinado por condiciones de mente complejas y variadas. Entre ellas, las más importantes han sido el amor a la Ciencia, una paciencia sin límites para reflexionar sobre cualquier objeto, la ingeniosidad en observar los hechos y en reunirlos, una dosis media de invención y de sentido común. Con las limitadas capacidades que poseo, es sorprendente, en verdad, que haya podido influir, en un grado considerable, en la opinión de los sabios sobre algunos importantes problemas». A esta declaración de modestia, tan serena y delicada, ha añadido el hijo de Darwin: «Uno de los valores de mi padre, era sentir, como pocos hombres, una diferencia entre el trabajo de un cuarto de hora y el trabajo de diez minutos.»



Harrods

en la *Liquidación completa* que realiza desde el 31 de Julio hasta el 12 de Agosto próximo, responde a un concepto exacto de esta

Venta Extraordinaria Semestral:

beneficiar a su clientela, con los precios excepcionalmente rebajados y conquistar nuevos favorecedores.

El que aprovecha esta *Liquidación* en *Harrods* obtiene artículos de primera calidad, cuya moda recién empieza a imponerse. Hay otro beneficio: la seguridad de que la Casa no reserva mercadería de un año para otro, porque *semestralmente liquida* todas las existencias de estación.

Los precios de esta

Liquidación Semestral

están a la vista del público. Vale la pena estudiarlos, en la seguridad de que se puede visitar los Salones de Exposición y Venta sin ser molestado.

Lo importante es que usted acuda a convencerse que nunca se ha realizado una *Liquidación* como ésta.

Harrods

FLORIDA, 877

y PARAGUAY, 554





Plus Ultra

AÑO 1.

NÚM. 4.



CUADROS URBANOS

BAJO CERO

Los Centenarios

Escribo en época en que las fiestas de la conmemoración de 1916 están todavía en el limbo de los hechos que van a ocurrir; pero la idea de que esto pueda publicarse cuando ellos se hayan producido, ya no detiene el curso de las reflexiones suscitadas por la previsión de esos hechos. Ello sería un serio inconveniente para un artículo de actualidad. En cambio, no tratándose de esto, y no sintiendo vanidades de acierto profético (que por otra parte no tienen ocasión donde la profecía se reduce a simples divagaciones de presente con vistas a un porvenir que es casi el presente mismo), hay cierto encanto en oírse hablando de un futuro que ya dejó de serlo, alcanzado por la voraz prisa del tiempo mientras se secaba la tinta de las palabras escritas en pasadas horas. Es un encanto que se sazona con cierto dejo de renunciamento, tenuemente amargo, dulcemente punzante, eso de exponerse a las rectificaciones de la realidad invirtiendo la común relación de tiempo: lo que fué «a priori» aparece convertido en «a posteriori» sin haber cambiado su naturaleza, ni sus elementos, ni sus caracteres. Y así pueden revestir un interés particular todas las enunciaciones que se refieren en tiempo futuro a un hecho ya pasado. Pudiera ser, que resultase por contraste mucho más interesante de lo que es en sí mismo, sin duda, esto de empezar diciendo, como digo empezando con mi asunto concreto:

Vamos a festejar otro centenario de nuestra vida histórica.

Cuando celebramos el del pronunciamento de Mayo, este otro, el de la declaratoria de la independencia, aparecía lejano. Tenían que correr seis años.

Ya está aquí. Esos seis años no han corrido: han volado. Su fugacidad hace sentir la impresión de una ráfaga de vendabal gigantesco y silencioso. Porque, ya es sabido, nada apaga como el tiempo el estrépito de la vida.

Pero, dejemos estas filosofías que serían muy viejas si no fueran eternas.

El caso es que el nuevo centenario está a muy poco trecho de este presente que se va yendo al correr de la pluma. Y sin embargo, no se le siente todavía como emoción, ni aun de expectativa.

Hay noticias en los diarios, que nos hablan de festejos. En las calles los anuncian algunos adornos. Pero las noticias no son todavía el eco de una gran palpitación, de una gran vibración de los espíritus, como cuando el otro centenario. Y los adornos penden muy humildes, como un tanto avergonzados o un tanto entristecidos de interpretar así la arrogancia triunfal de la celebración. Claro que al decir esto no juzgamos la materialidad, sino la significación. El fausto ornamental importaría sólo un derroche en zarandajas mientras no correspondiera a un hecho moral que lo diera de sí como expresión necesaria de su generoso empuje. Esto sucedió en 1910.

«Cualquiera tiempo pasado fué mejor», dice la consabida meditación de Jorge Manrique. Pero en esto que venimos conversando nosotros no es ese encanto de todo pasado, lo que hace aparecer o sentir como inferior el presente. Lo creo así, porque la evocación de hechos fáciles de evocar por su proximidad y porque están concretos en la memoria de todos, acusa una diferencia casi palpable.

Basta recordar el espectáculo y la vida de la ciudad en aquellos días en que se preparaba para la gran celebración. ¡Era toda ella un vibrante taller! Resonaban sin descanso,

jubilosos, los martillos; aquí, allá, en todas partes, construyendo efímeros pero arrogantes palacios, destinados, como el entusiasmo, a clamar un momento y desaparecer luego. El pico y la pala funcionaban sin descanso abriendo sitio a visiones nuevas, de juvenil y victoriosa expresión; la plaza del Congreso fué así surgiendo de entre los escombros de nutridos edificios como a un conjuro de magia; florecida, sonriente, espaciosa, abierta como mano que se ofrece leal. Hubo una pululante germinación de estatuas; eran malas todas ellas (somos, por fuerza de inmutable sino, el vaciadero de las malas estatuas); pero esa población de metal y de piedra parecía brotar de la tierra con majestuosa unanimidad para entrar en formación ante el gran recuerdo, tronando un «¡Presentes!» de ordenanza heroica.

Y toda la ciudad se renovaba, se erguía, se revestía de frescas entonaciones entre el repicar animoso y contento de las herramientas, golpeada por el oleaje de multitudes que iban invadiéndola cada vez más nutridas; gentes de todas partes del mundo en quienes las naciones habían de pasar cantando bajo el arco engalanado que proclamaba nuestro primer siglo de juventud.

¡Y qué ganas de vivir, en los corazones! ¡Qué generosa fuerza, qué amplitud de optimismo y de efusión, qué confianza y qué anhelo de futuro! Todo esto: este espíritu del centenario, tantas veces simbolizado gráficamente en una irradiación de apoteosis, dejó en efecto una como larga y gloriosa prolongación de las niñerías

festivales en las noches de Buenos Aires. Mucho tiempo después, sobre la masa de la ciudad nocturna que el reflejo de las iluminaciones envolvía en leve halo rojizo, erguíanse aquí y allá, dibujadas con luz sobre lo negro, las construcciones de otra ciudad que se encendía con alegría inmóvil de castillo de fuegos de artificio, lanzando a lo alto de la noche minaretes, torrecillas, fachadas y cúpulas centellantes que esplendían largas horas en una silenciosa y como embelesada exaltación de fiesta.

Eran los gallardos y atrevidos remates de los palacios de las exposiciones y las líneas de construcción de los edificios que ya se habían acostumbrado a vestirse de apoteosis; las ruedas gigantes girando en la sombra con titilación infantil, punteadas en luz, y los grandes reflectores que proyectaban de lejos su blanco asombro luminoso sobre el cielo, destacando con su pantallazo, en un rápido deslumbramiento, planos de fachadas y aristas tocadas un punto por la revolución del inquieto haz de claridad.

Era, en fin, una como embriaguez de la luz, que la ciudad había contraído durante las fiestas del centenario y que la llevaba a complacerse en irradiar cada vez más, a coronarse de esplendores no ya solamente simbólicos; a encaramarse sobre el cielo trepando la noche con regueros de luminarias; a manifestar, en fin, sus alientos ambiciosos envolviéndose en un soberbio manto de esplendores.

Y no evoco el cuadro del gran día: el empavesamiento unánime que mecía la ciudad toda en blanco y azul con el ondular de las banderas que se asomaban a todos los balcones y escalaban rápidamente las fachadas y cruzaban de acera a acera bóvedas de lanzas sobre las calles; ora pendientes con lánguido vaivén al arrullo del aura de la madrugada, en el decoloramiento lechoso del amanecer; ora agitando con inicial estremecimiento de reguero que se inflama chisporroteando en algazara de gallardos revuelos y briosos aletazos y tenso vibrar cuando una ráfaga levantaba, como en bandada, pabellones y flámulas y hacía chasquear la ciudad entera en un grande alborozo multicolor dominado por la nota azul, juvenil, suave y entusiasta del «leit motiv» argentino.

Y luego, la alegría, gárrula y solemne a la vez, de aquella jornada memorable, y que era a un tiempo el júbilo nacional y la alegría del mundo asociado universalmente a nuestro contento; las representaciones de todas las naciones que pasaban con sus banderas; el pueblo todo en la calle; abiertos los corazones, las almas cantando.

Esta expansión se producirá también, seguramente, el día de la celebración de la otra efeméride secular; sino en igual magnitud, por lo menos con igual significado. Pero entre tanto, el espíritu y el espectáculo de los días preparatorios no es el mismo. No podría lógicamente serlo.

Aquel nuestro centenario celebrado en 1910 tuvo el concurso feliz de todo lo que puede dar brillo y brío y magnitud a la fiesta de un pueblo. El mundo gozaba paz y cordialidad; el comercio, las industrias, las actividades todas que crean la riqueza, florecían gloriosamente.

Y nosotros éramos ricos. El país gozaba el delicioso vértigo de una audaz ascensión de prosperidad.

Y ahora estamos pobres. Ya no hace oleaje el oro abundante y fácil que distendía los cintos de los estancieros y prodigaban los dueños de la cosecha y hacía irradiar áureos reflejos a las propiedades de renta cantando una inefable música en dilatado y divino timbrar.

El antiguo Pactolo arrastra ahora lentamente por angosto cauce escasas arenas preciosas que sólo permiten ser ricos a los que siempre son ricos. El desbordamiento de aquel raudal de oro que todo lo bañaba, es hoy un sueño del pasado; un sueño con un poco de delirio en que todo era dorado y vibraba como sonoro metal generoso.

Y es por esto, sobre todo, por lo que la antigua animación festival parece ahora tardo desderezarse ante la inminencia de la fiesta, que llega en silencio, sin flameos triunfales ni expansiones exuberantes.

Porque, ¿a qué negarlo? Podría el viejo mundo estar, como está, sumido en los negros horrores de la guerra, y no por eso faltara en esta parte del mundo joven, animoso y brillante regocijo conmemorativo si hubiese dinero abundante. «El dinero es un valeroso soldado que va siempre adelante en sus empresas» dice el gran sir John Falstaff con la franqueza de verdad que su cinismo le permite.

La pobreza era una virtud republicana. Pero para celebrar los grandes acontecimientos republicanos, la pobreza es un grave inconveniente. Aquella nuestra prosperidad material tan cantada por hombres de negocios que se sentían poetas ante la riqueza, ha hecho así de la pobreza una cosa muy anti-republicana. Los centenarios sin dinero son vejez melancólica, del mismo modo que los muchos años son, con fortuna, respetable ancianidad, y simplemente vejez en la indigencia.

Verdad es (y viene bien para que no aparezca todo reducido a moneda contante) que quizás influye también el hecho de que a los centenarios es más que a cualquiera otra cosa aplicable el «Non bis in idem» de la sabiduría antigua. Celebraciones destinadas a cada siglo, no pueden actuar con igual intensidad espaciadas apenas por media docena de años.

Por esto yo creo que el que viviremos siempre los que lo vivimos en 1910, será el otro centenario, el de Mayo, el que llegó entre las saluciones de una emoción antes no sentida, haciendo surgir esplendores en medio de un glorioso florecimiento de riqueza, radiante como el mismo símbolo de su triunfal significado; el centenario por antonomasia para todos; tanto más luminoso, cuanto que brilla en la memoria, cariñosa siempre con lo que sólo vive ya en ella. Este de Julio, será para otros mucho más que para nosotros, los de 1910: para los que puedan vivirlo con el alma libre de emociones que difícilmente se viven dos veces...

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

DIBUJO DE ALONSO



FIGURAS AMERICANAS

Almafuerte

No es mi propósito definir la personalidad literaria de Almafuerte en estas breves líneas, escritas al margen de su retrato; ni mi pluma es la más indicada para trazar apologías. Me limitaré, por ello, a exponer ligeramente mi opinión personal sobre dicho poeta, el más original y vigoroso que se destaca en nuestra literatura contemporánea.

Todo el mundo conoce, más o menos, fragmentariamente, su notable y trascendental obra poética. Su nombre se aureola, dentro y fuera del país, con una popularidad inmensa y un justo prestigio. Y las palmas del triunfo han rozado más de una vez, en el camino, su frente de inmortal.

Sin embargo, de acuerdo con la sinceridad de mi espíritu y la conciencia de mis convicciones, he de declarar que si bien admiro el gran talento y la magna figura de Almafuerte, en su aspecto lírico, no comparto con la generalidad de sus devotos el concepto impropio de la clarividencia profética, el apostolado evangélico, la talla genial, que ellos encuentran en su vida y su obra.

Según mi criterio, Almafuerte es un gran poeta desorientado. Un poeta soberbio, que ambicionó ser Juvenal, Jesús, Isaías, San Pablo, Job, y tal vez Salomón. Y él mismo, en «*Milongas clásicas*», define así uno de sus estados de ánimo:

«O de tanto cerebrar
me circundo de visiones,
que me muestran direcciones
salvadoras al azar;»

Poeta extraordinario, porque apesar de ser heterogénea su labor intelectual ha conseguido unificar todas las producciones en torno de una idiosincrasia típica revelada en sus versos. Y ha logrado, de un enmarañado conjunto de poemas magníficos, aunque sin unidad de pensamiento, incoherentes y contradictorios en sus ideas, y recargados de metáforas y vaguedades como una selva virgen de frutos silvestres, hacer surgir una personalidad literaria singular, portadora de un nuevo blasón para las letras americanas e iluminada por los centelleos de su fiebre lírica como por los relámpagos de un Sinaí.

¡Ha triunfado Almafuerte!... Entonces, es lícito discutirlo; no para pretender empañar su gloria ni para restarle méritos, que fuera tarea alevosa, sino para que los hombres, al esculpir idealmente en la imaginación su figura de poeta, no le atribuyan proporciones exageradas...

¿Por qué razón Almafuerte, a pesar de ser el más original de todos nuestros poetas nacionales, no llega, sin embargo, a ocupar el primer puesto en esa legión? ¿Por qué no podemos llamarle el gran poeta, el bardo, de nuestra nacionalidad en embrión?... Sencillamente, por su pesimismo, hondo, arraigado, definido. Porque en América, tierra de porvenir, mundo de aurora, vida de esperanza, la inspiración de Almafuerte es extemporánea. Los pueblos nuevos necesitan poetas que tengan la viciencia de los profetas y el optimismo de su futuro. Y si colocáramos en el pináculo de nuestra literatura nacional, como un símbolo del pueblo argentino, la obra literaria de Almafuerte, nuestro espíritu la admiraría pero la rechazaría nuestro patriotismo, por no ser la neta expresión de sus sentimientos. Y sabido es que en la vida de los pueblos, el factor más poderoso de su progreso y grandeza es el respeto cívico por sus tradiciones e instituciones; y cuando el escepticismo se propaga y el ideal se debilita, las naciones, — ha dicho un pensador moderno, — pierden todo lo que constituía su cohesión, su unidad, su fuerza.

En la civilización gastada de la decadencia de Roma, Almafuerte hubiera sido tan grande como Dante en el medioevo. Pero en la nación argentina no trasuntan sus poemas la gran visión de los ideales patrióticos, de las aspiraciones colectivas, de las saludables conquistas de una positiva moral doctrinaria; ni sus anatemas pueden vibrar, lógicamente, sobre un pueblo como



el nuestro que apenas cuenta sesenta años de vida constitucional, y que tendrá vicios de organización política pero no morbosidades y corrupciones hereditarias como para azotarlo con la fusta de Juvenal, pese a todos los teóricos y reformistas extravagantes.

Si Almafuerte hubiera seguido siendo el cantor de «*La sombra de la patria*», hubiera llegado a culminar, con su poderosa inteligencia, en el Tabor de nuestra vida histórica. Hoy sería nuestro vate gigante... Pero cuando, en el ocaso de su vida, en medio de su país que le ensalza, le venera, le arroja laureles, escribe:

«Yo el errante, yo el postrero,
YO EL SIN PATRIA, yo el sin nido...»

Ese grito del alma, en que se evidencia la irrupción de quien sabe qué despecho íntimo, y que no tiene razón de ser, borra su nombre de los altares consagrados a la deidad tutelar de este pueblo... Y Almafuerte continúa siendo un gran poeta. Mas, sin que su talla pierda en majestuosidad, preciso es afirmar que, hasta ahora, la imagen simbólica de Andrade sigue representando el Aconcagua del pensamiento poético argentino; y que sus cantos resuenan, como los de los bardos celtas bajo la encina sagrada, estrechando el alma de nuestras generaciones en marcha...

Hermosa es la obra de Almafuerte. Juzgándola en conjunto, sobre el campo de la literatura universal, aparece como una de las más valientes rebeldías del espíritu humano, en sus anhelos de regeneración inmensa, de vida sana, de purificación sublime, aunque quizás con excesivo idealismo.

Y cuando se estudie serenamente la obra y la personalidad de Almafuerte, — sin relacionar ciertas anomalías de carácter, basadas en quién sabe qué fortuitos azares de su existencia, a rarezas psicológicas con la doctrina espiritual fundamentada en sus poemas, — todas las paradojas en que se ha sintetizado su vida y su labor serán hojarasca que el tiempo disperse: ni el patriotismo primordial, claudicado luego, ni la glorificada chusma donde al apoyar su planta el poeta encontró la fofa y traicionera realidad de las marismas, ni el egotismo disecado en la desesperación del misionero, clamando ante una jauría de pasiones, ni la crucifixión propia del Yo en el cantante motivo del «*Trémolo*», quedarán en otro sentido que el alegórico. Y nunca más grande que entonces la personalidad del heteróclito creador de «*Jesús*» y «*La Inmortal*».

Almafuerte, poeta, artista, hombre, aparecerá tal como él mismo se define:

«Yo soy el negro pinar
cuyo colosal ramaje
como un colosal cordaje
no cesa de resonar.»

...¡Y allá, en el fondo de sus poemas, como latiendo en medio de ese pinar sombrío, un corazón noble, generoso, lleno de humanidad, sediento de una felicidad imposible, sublimizado por el dolor, ... agostándose en el ensueño estéril!



ALMAFUERTE, EN SU MESA DE TRABAJO, ACOMPAÑADO DEL DOCTOR BARROETAVERÑA, QUIEN HA INICIADO UNA CAMPAÑA PARA QUE SEA NOMBRADO SENADOR EL ILUSTRE POETA

DIBUJO DE MAYOL.

JULIÁN DE CHARRAS.



MONSEÑOR VASSALLO, NUNCIO APOSTÓLICO DE S. S. EL PAPA BENEDICTO XV, NOMBRADO RECIENTEMENTE PARA DESEMPEÑAR TAN ALTO PUESTO ANTE EL GOBIERNO ARGENTINO.

Plus Ultra en Italia LA LEGACIÓN ARGENTINA ANTE LA SANTA SEDE



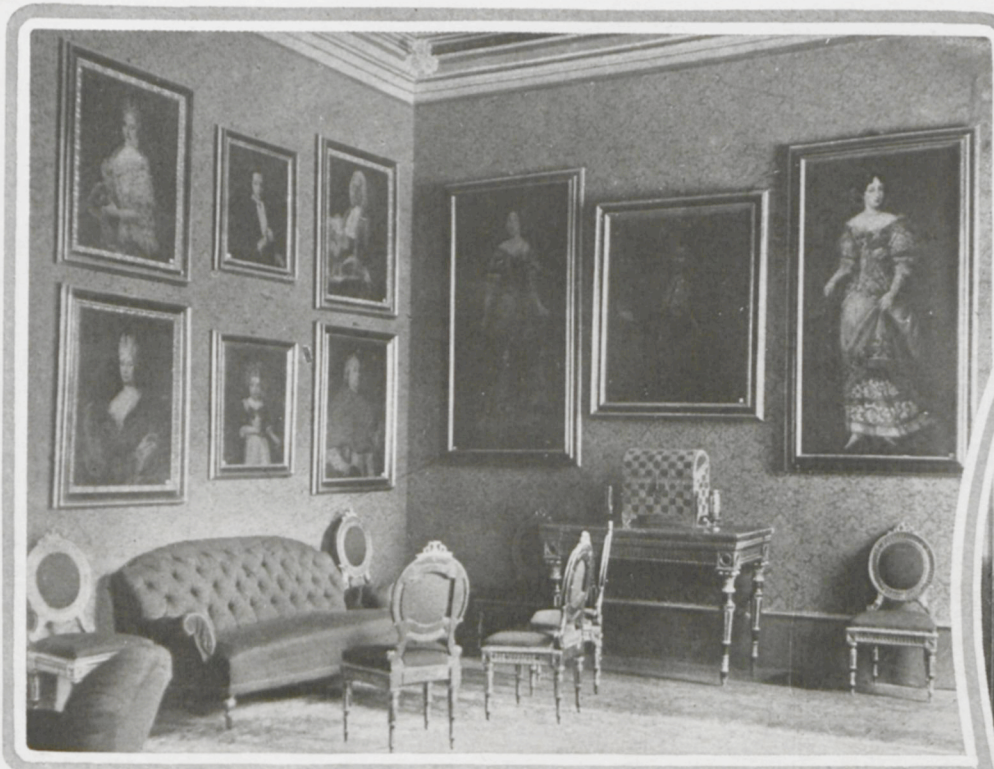
EL ANTIGUO PALACIO CENCI-BOLOGNETTI, NUEVA RESIDENCIA DE LA LEGACIÓN ARGENTINA, EN ROMA.



EL SALÓN DE BAILE



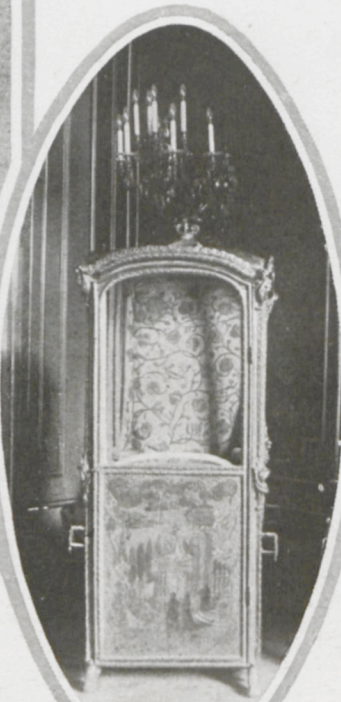
EL SALÓN DE LOS ESPEJOS



SALA DE LOS RETRATOS

La visita de un cardenal debe llevarse a cabo conforme a ciertas reglas determinadas. Así, si llega de noche, no menos de dos criados deben esperarlo, con antorchas encendidas, cuando baja del automóvil, y acompañarlo hasta la puerta del departamento en donde esperan el dueño de casa y otros personajes. Si la recepción tiene lugar de día, es preciso no olvidar algunas velas de cera virgen que deben arder mientras dura la visita del cardenal. De ordinario, el candelabro de bronce con las velas encendidas, se coloca en una de las primeras salas. En la mesa, los cardenales deben sentarse a la derecha del dueño y de la dueña de casa,

SILLA DE MANO DEL SIGLO XVI



por lo cual, casi nunca es posible invitar a más de dos cardenales a la vez. Naturalmente, en las recepciones de la alta aristocracia vaticana persiste todavía el ambiente apropiado a la antigua y austera elegancia.

Con arreglo a este ceremonial, fué recibida el próximo pasado 25 de mayo, en el palacio de la legación argentina, la alta representación pontificia.

A ello se presta muy bien la actual sede de nuestro representante cerca del Vaticano, la cual tiene a su disposición el antiguo palacio Cenci-Bolognetti, cuyos propietarios descienden de la famosa Beatriz Cenci. El palacio, que es uno de los más antiguos de Roma, fué reparado bajo la dirección del caballero Fuga, el arquitecto que diseñó la fachada del parlamento italiano.

El exterior es de un barroco simpático; el interior es cuanto se pueda imaginar de más elegante, más sobrio y más aristocrático; siendo, pues, natural que los diplomáticos y altos dignatarios que el 25 de mayo se reunieron en sus suntuosas salas, tuvieran palabras de admiración para la obra de Fuga. Desde el punto de vista religioso, es notable la imagen de la Madona, que es una



EL MINISTRO ARGENTINO, DR. DANIEL GARCÍA MANSILLA Y SU ESPOSA, DOÑA ADELA RODRIGUEZ LARRETA, EN EL GABINETE AMARILLO.

copia al óleo del original de Guido Reni, hecha por el caballero Conca. La tradición asegura que el 20 de agosto de 1796, esa imagen abrió y cerró los ojos, como el mismo Papa lo habría afirmado.

Y, volviendo a la recepción ofrecida por el doctor García Mansilla, diplomático moderno, fino, lleno de tacto, conocedor de los hombres y de los ambientes, diremos que estuvieron presentes dos cardenales: Gaspari, secretario de estado de S. S., y Vanutelli. Además, estaban los Monseñores Ranuzzi de Bianchi, mayordomo; De Samper, maestro de Cámara; Tederchini, substituto de la secretaría de estado; Pacelli, secretario de la congregación de los negocios eclesiásticos extraordinarios; el señor Calbeton, embajador de España y la embajadora; el señor Magalhaes de Azevedo, ministro del Brasil y señora; el señor Vanden Henvel, ministro de Bélgica y su hija; el señor O. Van Nispen-Tot Sevenaer, ministro de Holanda; Monseñor Vassallo de Torregrossa, nuevo Nuncio apostólico en la Argentina; la señorita Danila García Mansilla; el caballero Cremaschi, canciller de la legación argentina, y el doctor Diego Fernando de Castro, primer secretario de la legación de Chile. La mesa, para los que por primera vez veían tal

EL SALONCITO ROSA





EL MINISTRO, DR. GARCÍA MANSILLA, EN SU DESPACHO.

espectáculo, ofrecía un golpe de vista curioso, por la vivacidad de los colores de los trajes de los eminentes purpurados.

Fué una majestuosa fiesta, digna por todos conceptos del aniversario glorioso que se celebraba.

Ahora hablemos de la figura que más se destacó en la recepción, poniendo en ella una nota extraordinaria. Nos referimos a monseñor Vassallo de Torregrossa, quien por sus merecimientos ha sido nombrado para representar en la Argentina la Santa Sede, con el ca-

rácter de Nuncio. Ya conocen los lectores argentinos al evangélico y aristocrático personaje, el primero de los Nuncios que llegó a Buenos Aires. S. S. el Papa Benedicto XV se ha dignado elevar la categoría de su delegado en la ciudad donde tantas familias cristianas existen.

Monseñor Vassallo de Torregrossa pertenece a una de las más nobles estirpes. Durante su carrera ocupó cargos de confianza, porque es diplomático de ta-



EL CAV. CREMASCHI, QUE DESDE HACE VEINTE AÑOS DESEMPEÑA EL CARGO DE CANCELLER EN LA LEGACIÓN.



LOS CARDENALES VANUTELLI Y GASPARI, Y EL MINISTRO MANSILLA, EN POSE PARA «PLUS ULTRA».

lento. El nuevo Nuncio pontificio en Buenos Aires, es bastante conocido en el ambiente vaticano. Durante mucho tiempo estuvo en la secretaría de Estado, y ha sido auditor en la nunciatura apostólica de Viena y delegado apostólico en Colombia. Va a la Argentina lleno de fe y de simpatía, y representará a la Santa Sede en el centenario del 9 de julio. El Papa, en efecto, le ha rogado que parta sin tardanza, por temor de que cualquier contratiempo imprevisto le impida estar presente en las fiestas de julio.

Indudablemente, tanto en esa memorable conmemoración patriótica, como en los asuntos de la flamante Nunciatura, sabrá poner monseñor Vassallo las altas condiciones de justicia y rectitud de que es poseedor.

RAFAEL SIMBOLI.

Roma, junio de 1916.



BANQUETE OFRECIDO EL 25 DE MAYO AL CARDENAL VANUTELLI, AL MINISTRO ESPAÑOL Y ALTOS DIGNATARIOS DEL VATICANO.



DE LA GALERÍA DEL SEÑOR
ANTONIO SANTAMARINA.

UNA GITANA

ÓLEO DE IGNACIO ZULOAGA

CÓMO SE ESTRENÓ MI PRIMERA OBRA



Yo escribí mi primera pieza de teatro en colaboración con Mauricio Nirenstein, que en aquel entonces hacía versos muy bonitos y que además era popularísimo en los círculos estudiantiles por su nariz, — le llamábamos batata — por su capa española y por su gracejo chisporroteante.

Nos habíamos conocido en la redacción de «El Escolar Argentino», revista de niños que dirigía José Joaquín Vedia, primo y homónimo del eximio director del Apolo.

Eramos asiduos concurrentes a los teatros por secciones, gracias a la munificencia del administrador de «Tribuna», que nos regalaba los vales que las empresas asignaban al periódico.

Comuniqué a Nirenstein la tempestad que bullía bajo mi cráneo y que había de resolverse en granizada teatral. Acto continuo nos lanzamos a la busca de un asunto. La crónica de actualidad nos lo dio casi hecho. El famoso destripador Jack-The Ripper, acababa de realizar fechorías espeluznantes en los suburbios de Londres y especialmente en White Chapel.

Los Sherlocks Holmes de Inglaterra habían perdido la pista del famoso destripador de mujeres, cuando hete ahí que en la gruta de la Recoleta de Buenos Aires, encontró el guardián cierta mañana, a una vieja asesinada por el procedimiento de Jack.

Las crónicas de policía nos invitaban a hacer una obra de palpitante actualidad y forjamos con gran misterio el argumento, para que *nadie* nos robase la idea que se nos antojaba genial. Sobre la base de un *quid pro quo* ingenuo desarrollamos el tema en tres cuadros. En nuestro afán escenográfico, elegimos para la exposición la cordillera de los Andes; para el nudo un vagón de ferrocarril que debía ocupar todo el escenario; y para desenlace una complicadísima decoración, con la mar de rompimientos... Jack se llamaba Chink-Yonck...

Nirenstein hizo cantables muy ingeniosos y todo el segundo cuadro en verso, con gran asombro de parte mía, que nunca he podido escribir una cuarteta. Con la obra concluida, dábamos la lata a Cristo padre. Estábamos realmente orgullosos de nuestro trabajo, salpicado de chistes que fatalmente tenían que hacer morir de risa al público, a juzgar por las estrepitosas carcajadas que arrancaban a nuestros deudos y amigos del alma...

Cuando Nirenstein concluyó la copia a dos tintas, copia que era toda una maravilla caligráfica (¿dónde estará ese cuaderno!) nos echamos a la calle a buscar un músico que hiciera la partitura de *Chink-Yonck*.

Miguelito Tornquist, que también era niño prodigio, fué nuestro primer candidato. Pero no sabía instrumentar y necesitaba seis meses por lo menos para hacernos los cantables a piano seco. ¿Aguardar seis meses? ¡Imposible! Había que

aprovechar la temporada de invierno. Don Miguel Cano me dijo: «aquí no hay más que un músico con toda la barba y ese tío que sabe más de corcheas y de fusas que el verbo divino, es Torrens Boquet. Vete mañana al café Lloveras, entre una y dos, y te le presentaré. Verás lo que es canela fina».

Llegué al café Lloveras y columbré a Miguel Cano que accionaba violentamente frente a don Marcos Zapata. El poeta inmortal de «La capilla de Lanuza» y de «El reloj de Lucerna», le escuchaba, con aquella cara toda risa, aun en los momentos trágicos, y dándose unos golpes de pera que querían decir: «a mí me importa dos pitos que Moret haya derrotado a Silvéla en las Cortes». Se hablaba de política en aquel extinguido café de la calle Victoria, con el mismo fuego que pudieran hacerlo la tertulia de Fornos o del Café Levante en la Puerta del Sol.

Cano me presentó al poeta.

— ¡Tan joven y ya autor dramático! — me dijo. — Duro y a la cabeza... A ello, niño. ¡Ya sabrá usted en vida lo que es purgatorio!

Torrens Boquet no fué aquella tarde al café, y como no había tiempo que perder, Cano me dio una carta para el músico amigo.

A la mañana siguiente, Nirenstein y yo fuimos a casa de aquel fenómeno lírico. Nos encontramos con un catalán muy seco, muy miope y muy práctico.

A los cinco minutos de conversación ya nos había desahuciado. «La *sarsuele*, decía mientras limpiaba con el pañuelo los lentes, es un género híbrido...» Y dándose un rasconazo en la cabeza que determinó el desborde de un niágara de caspa sobre la solapa del jaquet, cubriéndole como de sé-

mola, agregó: «Faltan voces, falta instrumental; son teatros de paparruche; nadie pesca una nota aunque le ponga usted una butifarra en el ansuelo... y digo butifarra porque es lo más exquisito que conozco en el género de embutidos... Por lo demás, agregó, lo que se gana es misero. No pagan ni los pepes del instrumental. Yo soy autor de «El Gualtierro», que estrené en el antiguo Colón de la Plaza de la Victoria, con gran solemnidad y con la asistencia de Mitre... de Mitre... de Mitre... A partir de aquí, toda cita que él creyera importante la daba por sistema triple.

Y sin que pudiéramos contenerle, nos endilgó el argumento de la ópera. Yo estuve por vengarme, desenvainando el libreto de *Chink-Yonck* y espetándolo íntegramente; pero optamos por irnos.

Nirenstein vivía en las inmediaciones del teatro Odeón, donde trabajaba la compañía de Rogelio Juárez, que era la que nos atraía como un abismo. ¿No sería más práctico entregar la obra a la empresa y que ella se encargase de buscarnos músico? Dicho y hecho. Aquella misma mañana de nuestro desastre en casa de Torrens, entramos al Odeón preguntando por Rogelio Juárez. Yo había conocido al popular actor en casa de Emilio Labarta. Podíamos, pues, acercarnos a él sin cartas de recomendación.

Rogelio Juárez nos recibió con cariño no exento de esa petulancia propia de quien puede dispensar favores. Dijo que «en lo de aceptar obras nacionales no quería tener arte ni parte, porque hacía pocas noches habían meneado ferozmente *Los hijos de la Pampa*. Ya estarán ustedes enterados... la cosa ha sido fenomenal. No sé como no han matado al bruto de Máiquez». Efectivamente, *Los hijos de*



RELOJES DE SOL

Inventada la rueda catalina, el hombre se metió las horas en un bolsillo del chaleco, figurándose que así las tendría bajo su dominio. Nunca fué más esclavo de ellas. Tiene en el reloj un corazón mecánico, un corazón nuevo, que late deprisa y alegre, despacio y triste, pero siempre lleno de angustia.

Cuando Cronos o Saturno se comía descaramadamente sus propios hijos, tuvo, para regular las horas de los almuerzos, tres clases de relojes: los cuadrantes solares, el reloj de arena y la clepsidra. Aunque sea alterar el orden cronológico, pecado grave tratándose de una prosa dedicada al tiempo luminoso, debe hablarse ante todo de los relojes de arena y agua.

El susodicho Cronos o Saturno, la gente ilustrada lo sabe, hijo de Urano y Vesta — pedigrée mitológico de la más pura sangre — contrajo nupcias con Cibeles, dedicándose desde entonces a devorar la prole. «La Cibeles, como la denominan los madreños, que adoran en ella, quiso salvar a Júpiter, su hijo predilecto, y puso en lugar del recién nacido una piedra de gran tamaño. Cronos tragóse la carnada a lo avestruz, y el nene no supo lo que valían los dientes paternales. Ya sabemos que Júpiter, después de varias olimpiadas, destronó a Cronos. Lo que no sabíamos es que Cronos desmenuzó el pedruzco y que éste, convertido en arenilla fué a parar al divino hígado, produciéndole un magnífico cólico hepático. Tal es la génesis del primer reloj de arena, el más dañino medidor del tiempo. Y sino que lo digan las víctimas de los inquisidores y de los reyes, cuyo tormento se tasaba mediante el angustioso paso de la arenilla.

Encerrando en una vasija cristalina las gotas pacientes que horadan la piedra, se hizo la clepsidra, reloj de agua, que servía en el mundo antiguo para medir las horas de las ceremonias religiosas y de los festines profanos.

Luego salieron a luz los relojes de pesas, de pico de cigüeña, de campana, de Flora, de longitudes, de música, de péndulo, de repetición y tantos otros, hasta llegar al de pulsera, que mujeres y muchachos elegantes usan como si tuviesen un pulso más.

Pero ninguno de tan crueles o complicados artificios vale lo que un sencillo reloj solar, aunque afirmen lo contrario los adoradores de «The Times», dios vengador de Cronos, pues destronó a Júpiter.

Un reloj que usa por péndulo nada menos que la Tierra, y por muelle real el Sol; que marca solamente las horas luminosas, apacibles, descansadas, laboriosas, merece el cariño de los sabios, de los enamorados y de los enamorados sabios. Es colosal: ocupa el centro de todo el horizonte, el terruño y las ciudades que el horizonte encierra. Tiene por tic-tac el rumor de la playa y de los campos, el chirrido de grillos, cigarras, ranas y carretas, los cantos de gallos, fuentes, aves y pastores. Toda la Naturaleza le sirve de maquinaria.

Se parece al hombre, es decir, el hombre debería parecerse a él. Porque el hombre lo hizo Dios para que sirviese de gnomon, marcando sobre el suelo la marcha del sol con la sombra de su figura erguida o inclinada en actitud de laborar la campaña. Mas el hombre, que todo lo adultera, ha perdido su



CUADRANTE SOLAR DEL SIGLO XVIII, ENCONTRADO EN LA ANTIGUA CHACARITA DE LOS FRANCISCANOS



CUADRANTE SOLAR DEL AÑO 1802, LLAMADO DEL PADRE ALEGRE, EXISTENTE EN EL PATIO PRINCIPAL DE SAN FRANCISCO

sombra como el héroe de Chamisso, y vive en las ciudades, donde casi nunca se acuerda del Sol. Unicamente los hombres de carga y los enfermos desean o disfrutan las caricias benéficas de nuestro común padre material, midiendo siempre las horas por el reloj de muelles.

En Buenos Aires había varias excepciones a esta regla. Hablemos de dos cuadrantes históricos, uno desaparecido, otro en uso, hechos ambos por los hermanos de todas las cosas: los padres franciscanos.

Fué el primero en importancia y antigüedad, el cuadrante que, en tierras de la Chacarita de los Franciscanos — Pavón, Tarija, Quintino Bocayuva y Yapeyú — construyó, creemos que el Padre Alegre, durante el año de 1768, sobre una pilastra de humilde ladrillo. El hermanito reloj, más bien dicho triple reloj, pues tenía dos cuadrantes encima del cuadrante principal, medía las gratisimas horas del huerto, en que los padres mataban el tiempo rezando sus breviarios o cultivando sus hortalizas y flores.

Y los tres gnomon triangulares, las tres agujas, señalaron los días del renacimiento argentino: las invasiones británicas, el 25 de Mayo, el 9 de Julio y todas las fechas victoriosas. En las noches de luna clara marcó horas de conspiraciones, porque los cuadrantes solares también son amigos de Selene, mediante una ligera corrección que no es del caso.

En 1901, año infeliz para la gloria histórica del venerable reloj, estaba como lo reproduce nuestro fotograbado. Las construcciones modernas habían destruido todo a su alrededor. Vigas carcomidas, tejas rotas, latas abolladas y otros despojos le daban guardia de honor. Firme aún, mirando frente a frente

al norte, desde su pilar de 3 metros 60 centímetros, aquel cuadrante de barro cocido desafiaba al tiempo, acompañado de sus cuadrantitos gemelos.

Hoy ya nadie sabe dónde fué a morir. Un vecino nos dijo acordarse de «una pilastra vieja». Si algún curioso patriota no lo descubre, esas palabras serán la única oración fúnebre de la reliquia, que mereció ser venerada en el Museo Nacional.

Según noticias, cierto constructor de obras compró en lote los ladrillos, tejas, vigas y cuadrante.

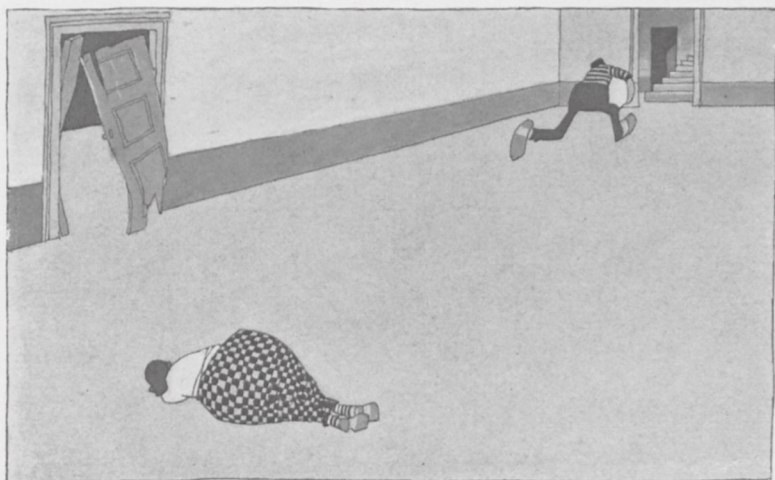
El segundo reloj, o triple cuadrante, casi idéntico al finado, existe todavía en el patio de San Francisco. Fué obra del Padre Alegre. Por eso dijimos líneas arriba que el mismo reverendo tal vez construyó el de la Chacarita de los Franciscanos.

Está fechado en 1802 y, más dichoso, señaló los días de nuestras conmemoraciones centenarias. El cuadrante del Padre Alegre, como se le llama, ha visto el espléndido sol de este 9 de Julio.

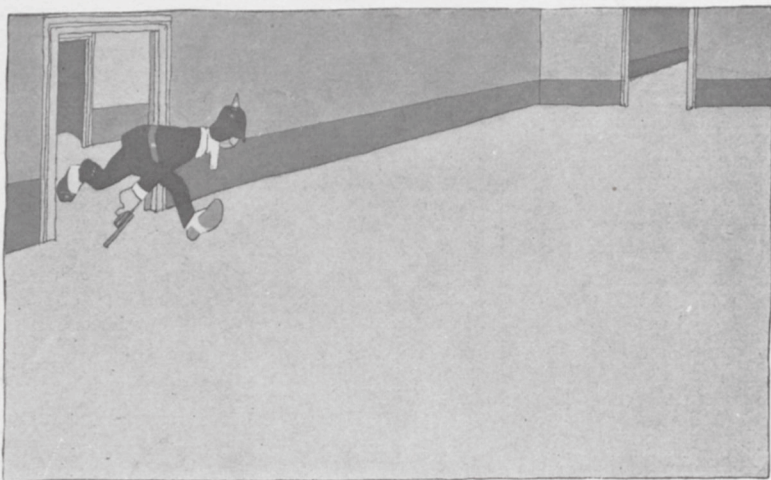
La legendaria pobreza franciscana tiene en Buenos Aires un lujo, una joya de alto valor. Y los reverendos padres que, en medio de la vertiginosa baraunda del siglo, conservaron la humildad y quietud evangélica, sabrán defender asimismo ese reloj centenario, viejo representante de la grandeza pagana, hija y amiga del Sol, convertido al cristianismo, gracias al piadoso celo del P. Alegre.

E. DEL SÁZ.

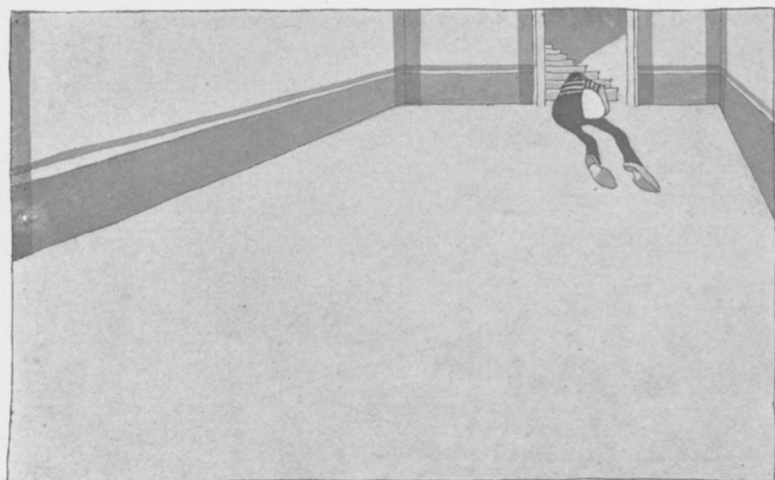
LO QUE VALE UNA FIRMA



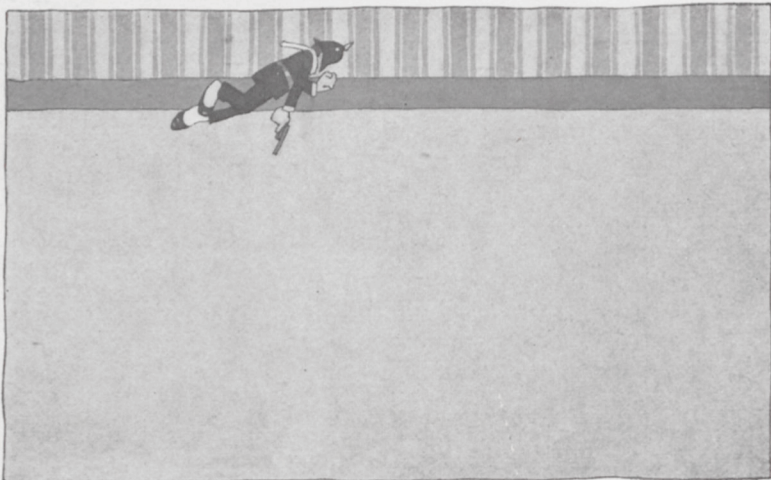
Un amigo de lo ajeno, penetra violentamente en una casa, amordaza a la criada, toma lo que encuentra a mano y huye hacia el interior, porque ha sentido en la escalera...



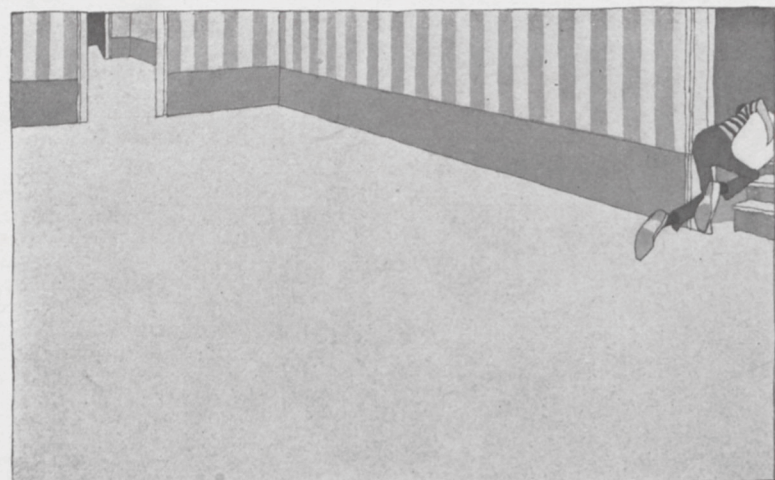
los pasos presurosos de un bravo vigilante que emprende la persecución del raspa...



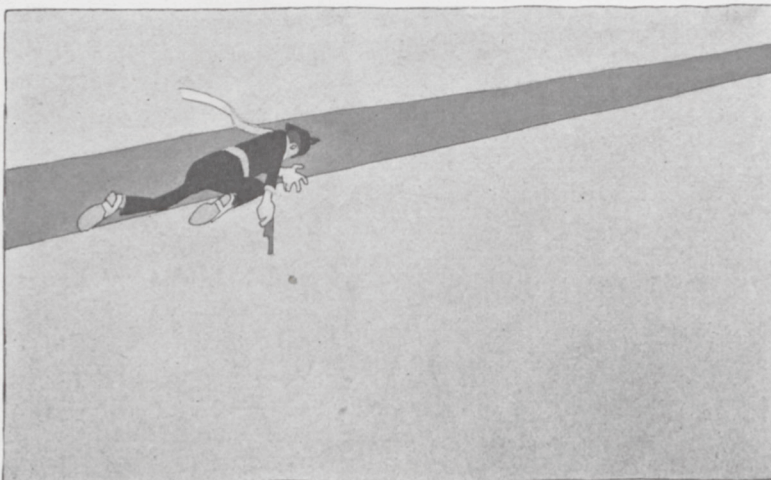
cuya fuga al segundo piso es favorecida por la falta de muebles...



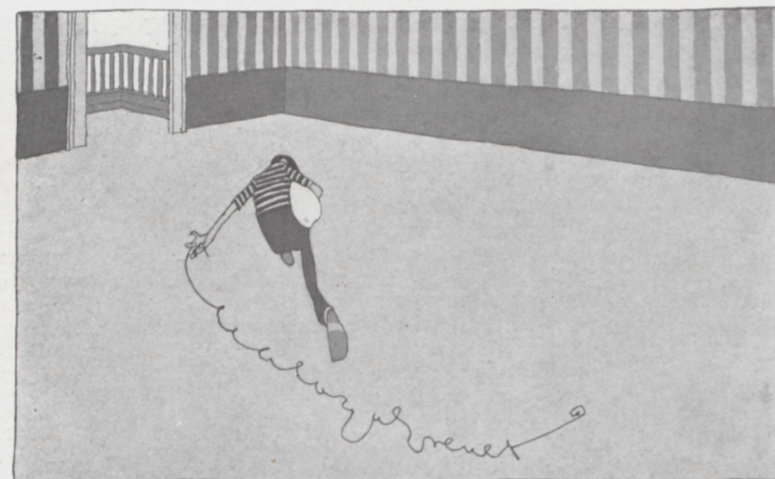
circunstancia que aprovecha también el representante de la ley para correr como el viento...



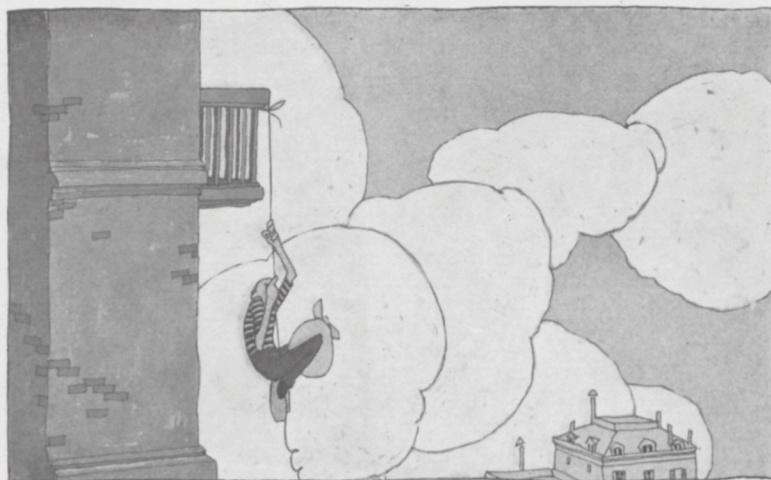
tras la pista del ladrón que huye escaleras arriba, atraviesa habitaciones...



seguido siempre por el chafe que vuela lleno de celo.



El raspa, viéndose perdido, tiene una idea luminosa: Toma de una punta la firma del dibujante Málaga Grenet, que está al pie del dibujo, y...

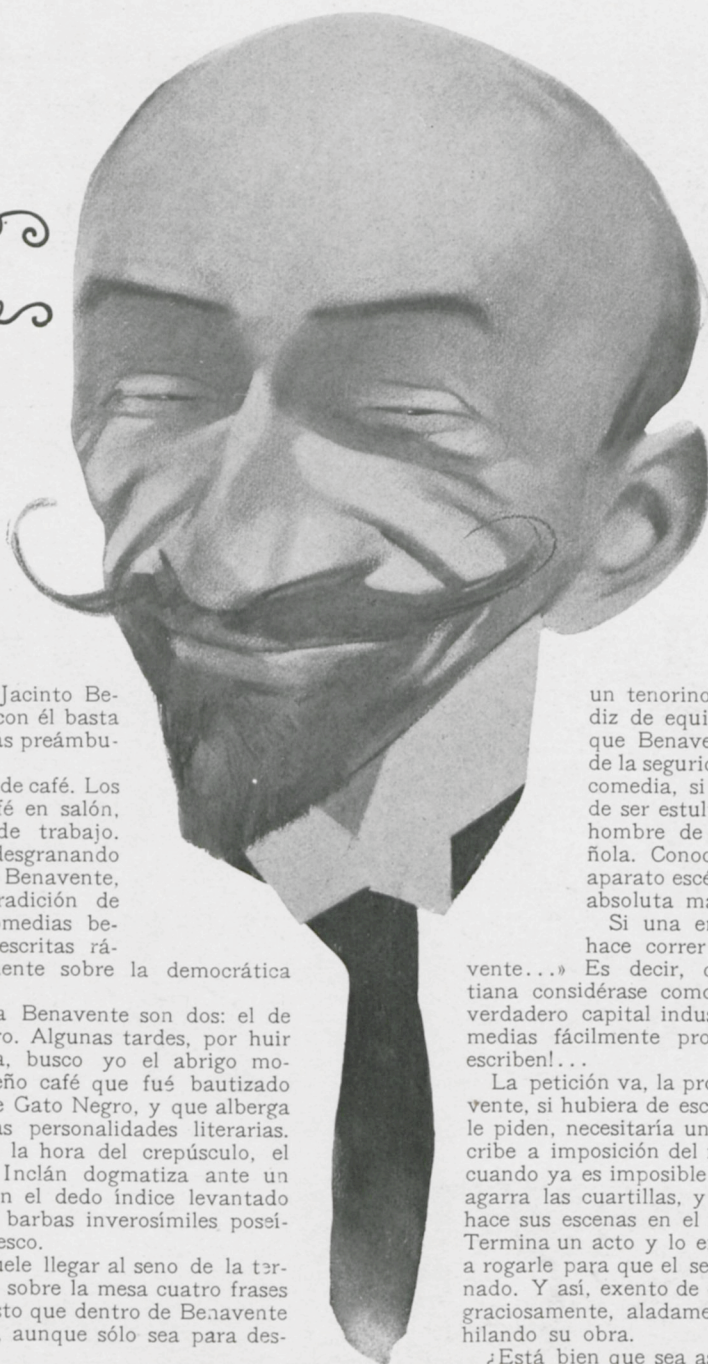


atándola al balcón como una cuerda, desciende por ella, poniéndose a salvo de la autoridad, que así queda burlada.

DIBUJO DE MÁLAGA GRENET.

Retratos españoles

Jacinto Benavente



Nada tan accesible como un personaje español. Al rey don Alfonso le visitan todos los osados de ambos mundos, y don Benito Pérez Galdós, la figura más alta de las letras españolas, suele recibir consejos y advertencias de cualquier cochero de punto. En cuanto a Jacinto Benavente, para contemplarle y conversar con él basta introducirse en el café y sentarse, sin más preámbulos, a su propia mesa.

Ya se sabe que el español es un hombre de café. Los madrileños más ilustres convierten el café en salón, en casino, en club y hasta en gabinete de trabajo. Allí se pasan las mejores horas del día, desgranando las perlas de su ingenio... Y el insigne Benavente, hijo acendrado de Madrid, continúa la tradición de los antepasados. En efecto, muchas comedias benaventianas, las mejores acaso, fueron escritas rápidamente y sencillamente sobre la democrática mesa de un café.

Los cafés que estima Benavente son dos: el de Levante y el Gato Negro. Algunas tardes, por huir del tedio o de la lluvia, busco yo el abrigo momentáneo de ese pequeño café que fué bautizado con el nombre banal de Gato Negro, y que alberga frecuentemente a varias personalidades literarias. En aquellos divanes, a la hora del crepúsculo, el gran poseur de Valle Inclán dogmatiza ante un corro de papanatas, con el dedo índice levantado en tono doctoral y las barbas inverosímiles poseídas de un temblor grotesco.

Jacinto Benavente suele llegar al seno de la tertulia cotidiana, y vierte sobre la mesa cuatro frases alegres y chistosas. Puesto que dentro de Benavente hay siempre un payaso, aunque sólo sea para des-pistar...

Sí. Del mismo modo que Valle Inclán hace uso del café, de sus barbas fluviales y de sus quevedos estrambóticos para una misión epatante, el dúctil y discreto Benavente trata, al contrario, de anular en su persona todo indicio snobista. Quiere ser un señor cualquiera, normal y circulante. Le dice al sastre que le vista con telas corrientes y lógicas, y pide al peluquero que le arregle la barba como a cualquier vecino anónimo. Y si alguien, preocupado por la ingenua obsesión de los hombres extraordinarios, le demanda una frase genial, Benavente responde con una cuchufleta.

Sin embargo, al hombre excepcional se le conoce pronto, aunque se oculte tras el velo de la vulgaridad. Y así tiene Benavente, verdadero enemigo de la pose, una figura resaltante e inconfundible. Su cuerpo menudo e infantilizado termina en una cabeza singular, cuya barba puntiaguda recuerda tanto a la de Me-fistófeles. Un largo y opulento cigarro de hoja, constantemente humeando, remata la silueta personal de ese mago del teatro.

Es el mago, en efecto, que todo lo puede y para quien no existen las dificultades. Otros grandes escritores han intentado conquistar la escena; algunos han triunfado en ella.

Pero el «hombre de teatro» es una especie singular del escritor; es un hombre aparte, que siente el teatro, que no vive fuera de él, que parece haber nacido entre las mismas bambalinas. Tales eran Shakespeare, Lope de Vega, Molière; tal es Benavente: un «hombre de teatro».

De manera que su flexible ingenio podría haberse distinguido en el culto de la novela, de la poesía y de la crónica; pero todos los géneros posibles y accesibles los desdén, por el único amor, que es el teatro. Diversas veces, solicitado por apremiantes y pingües requerimientos de los diarios, Benavente ha escrito artículos, para delectación del público; pronto, sin embargo, el periodista ha desertado, sin causa legal, entre el disgusto de los lectores. Su amor le llamaba al teatro, con exigencias de pasión exclusiva y absorbente.

Yo admiro en Benavente la seguridad y el alto dominio de su arte. Todos los días vemos acudir al teatro un nuevo solitante, con una obra incierta, frágil, dudosa; al ver esas obras dubitantes, sentimos el mismo temor que nos acomete cuando

un tenorino arrostra las notas agudas, o cuando un aprendiz de equilibrista se lanza por la cuerda tensa. Mientras que Benavente nos infunde, por adelantado, la sensación de la seguridad. Estamos tranquilos. Sabemos que la nueva comedia, si no es que sea genial, cuando menos no ha de ser estulta, pesada o fofa. Benavente es el verdadero hombre de teatro que existe hoy en la literatura española. Conoce los más recónditos secretos y maneja el aparato escénico sin ninguna timidez, con entera, simple y absoluta maestría.

Si una empresa teatral queda organizada, al punto hace correr la noticia: «Tenemos una obra de Benavente...» Es decir, que una obra benaventiana considerase como el amuleto, o como el verdadero capital industrial. Pero de estas comedias fácilmente prometidas, ¡qué pocas se escriben!...

La petición va, la promesa viene. Pero Benavente, si hubiera de escribir todas las obras que le piden, necesitaría una vida de cien años. Escribiera a imposición del momento, a última hora, cuando ya es imposible volverse atrás. Entonces agarra las cuartillas, y con ellas bajo el brazo, hace sus escenas en el café, en cualquier parte. Termina un acto y lo entrega. Tienen que venir a rogarle para que el segundo acto quede terminado. Y así, exento de esfuerzo, sin petulancias, graciosamente, aladamente, el maestro va deshilando su obra.

¿Está bien que sea así?... Acaso las costumbres literarias modernas siguen un procedimiento distinto. La manera de trabajar de Benavente es un resabio de la época romántica, cuando imponía sus leyes la bohemia. Hoy el escritor organiza metódicamente su faena, sus lecturas, sus gastos y sus ingresos, como un mero fabricante. Tal vez también las obras profundas necesiten un cierto reposo y una vida reglada. Pero es lo cierto que ni Shakespeare ni Cervantes fueron hombres muy ordenados. Desconfiemos de las recetas... Lo importante es que la obra sea genial; lo de menos es el procedimiento.

«La Ciudad alegre y confiada» ha proporcionado a Benavente el triunfo más ruidoso de su vida.

Pocas veces se ha desatado con tanta vehemencia el entusiasmo del público. (Pocas veces, también, los enemigos han derrochado tanta malignidad y tan grosero rencor). La tarde del estreno yo le vi alzado en hombros de la multitud. Allí, sobre la confusa ola de gente, el rostro pálido del genial dramaturgo sobresalía, flotaba, al modo de un nadador que surca el océano popular. Asido, alzado por la muchedumbre, Jacinto Benavente aceptaba el homenaje con ese estoicismo que el hombre de talento puede ejercitar, sólo él, en los trances difíciles de la vida. En aquel rostro pálido, terminado por la obscura barba en punta y matizado por una sonrisa vaga, condescendiente, benévola y agradecida, había tanto de reconocimiento como de resignación.

A las pocas horas, Benavente estaba en el café, como un burgués cualquiera. Me acerqué a estrecharle la mano y a ofrecerle mi homenaje de admiración.

— ¿Una gran tarde, don Jacinto?...

— Sí, una gran tarde de toros. He salido en hombros del público soberano, como los toreros. Pero las manos de la muchedumbre son excesivamente duras. ¡No más! Tengo todo el cuerpo molido. Procuraré hacer las comedias un poco más anodinas...

JOSÉ M.^a SALAVERRÍA.

Madrid, junio de 1916.

DIBUJOS DE MÁLAGA GRENET.





LAS TARDES DE PALERMO. — UNA TERTULIA AL AIRE LIBRE

GOUACHE DE ALONSO



LOS CONDES

de BALAZOTE



SRA.
MARÍA
GUERRERO.



SR. FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.



FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA GUERRERO.

Con esta feliz pareja de blasonados artistas ocurre algo muy curioso. Para los profesionales, ella es indiscutible; es una actriz de carrera que ha subido paso a paso la empinada cuesta de la gloria. Pero él no; para los cómicos que por haber nacido cerca de un teatro cualquiera se consideran descendientes de Talma, él es pura y simplemente un aficionado aristócrata que de golpe y porrazo se hizo primer actor. ¡Qué disparate! Los que así se expresan, no saben de la misa la media. Don Fernando Díaz de Mendoza es tan actor de carrera como el que más. Data de muy larga fecha su vocación artística; de nada le han servido para triunfar sus blasones y antecedentes nobiliarios. Le estorbaron más bien para subir, pues por razón de esos antecedentes y esos blasones — ejecutorias de ineptitud generalmente — tuvo que vencer dificultades que no suelen encontrar en su camino los analfabetos que se meten a cómicos.

Cuando no había nacido quien estas líneas escribe, ya interpretaba comedias el primogénito de los condes de Balazote.

Un ex diplomático español que reside entre nosotros me ha contado interesantes detalles de los primeros pasos artísticos de Díaz de Mendoza. Los duques de la Torre tenían en su palacio de Madrid un teatro construido bajo la dirección del conde de Ronré — otro aristócrata que de haberse dedicado a las tablas las hubiese también dignificado; — era dicho teatro un precioso coliseo en miniatura y las representaciones que en él se daban, dirigidas por el conde de Ronré unas veces, y otras por el referido diplomático que también mojaba en eso de hacer comedias, llegaron a despertar inusitado interés.

En ese teatrillo debutó Díaz de Mendoza, como uno de los muchos aficionados de alcurnia más o menos empingorotada; pero en él había sin duda un gran actor dramático que pugnaba por salir, y bajo su influencia se quebrantó la consigna de no hacer obras difíciles. «La capilla de Lanuza», de Marcos Zapata, fué la obra de

empuje con que se rompió el fuego. Los reyes entonces de la escena española, Antonio Vico, Rafael Calvo y Emilio Mario, asistieron a la representación expresamente invitados. En la interpretación del escabroso papel de Lanuza se reveló el genio de Díaz de Mendoza.

Después de este gran triunfo obtuvo otro mayor, el de casarse con Venturita Serrano, hija de los duques de la Torre, y de no haber enviudado al año y medio próximamente, allí hubiera dado fin su carrera artística.

Durante su viudez empezó a meditar la idea de dedicarse al teatro: Calvo había muerto en Cádiz; Vico descendía rápidamente hacia el ocaso; el momento era propicio...

Una función benéfica le dió ocasión para presentarse, alternando con actores de verdad. Hizo el protagonista del «Don Alvaro o la Fuerza del Sino».

Y Díaz de Mendoza desapareció de Madrid: anduvo por los teatros de provincias venciendo unas veces, fracasando otras; pero estudiando siempre con verdadero ahinco de enamorado del arte y... se casó con María Guerrero.

Con ella se presentó ya como primer actor en el teatro Español; pero fué rechazado al principio sin miramientos de ninguna clase, hasta que por fin faltó en absoluto de primeros actores el «Teatro Español» y habiendo desfilado por él todos los que podían aspirar a serlo, tuvo Díaz de Mendoza que estrenar el papel de Roberto en «El Estigma», de Echegaray, y... venció en toda la línea. Desde entonces, la carrera artística de esta ilustre pareja ha sido una serie no interrumpida de éxitos.

De los condes de Balazote, dice el publicista Ramón Pérez de Ayala, que siendo como son, sin disputa, los dos artistas más distinguidos del teatro español, han logrado ese difícil grado de eminencia en que lo más eminente se junta con lo más popular. En España no se dice: Don Fernando Díaz de Mendoza, Doña María Guerrero; se dice, aun por aquellos que no han tenido el placer de ser recibidos a su trato, Fernando y María o María y Fernando, que tanto monta.

EMILIO DUPUY DE LOME.



CIENTE ALADA

PARA PLVS VLTRA.

Vivían en una jaula dos canaritos formando un casal. En la amplia pajarera había sitio para muchas otras parejas; y aquellas dos avecillas apenas si se miraban, se fastidiaban muy poco y no se querían. En mi casa alguno llegó a pensar que la canaria fuese demasiado vieja o que el esposo fuera demasiado novicio. El hecho es que ese matrimonio era infecundo.

Pero he ahí que después de una compañía de muchos años, la canaria, habiendo encontrado abierta la puerta de la jaula, se arriesgó a salir. Ensayó un vuelo audaz y fué a posarse en las ramas más elevadas de un álamo vecino, sitio desde el cual no se movió a pesar de cuantas tentativas se hicieron para que regresara a su jaula.

La suerte de la canaria era tan desgraciada como cierta, y al caer de la noche, aquella pobrecita no podría escapar a las astucias sanguinarias de un gato vagabundo. Mientras hubo un rayo de luz diurna se pudo ver a la canaria en la copa del álamo; al crepúsculo todavía podía distinguirse la mancha amarillenta de su inquieto cuerpecillo; pero a la mañana siguiente nadie volvió a verla.

Estuvimos a punto de afligirnos por lo que suponíamos la tristeza del abandonado canario; pero éste, con su conducta, nos demostró que no teníamos razón. Al día siguiente se le vió tan avivado cantor, y se le oía lanzar trinos tan claros de su registro de soprano, que pronto llegué a la convicción de que la soledad le fuese mucho mejor que la suspirada libertad. Ciertamente era la posesión absoluta de su casa, la alegre independencia, y la cesación de rencores mudos que permanecieron secretos para nosotros. Ciertamente aquellos dos pajaritos no se habían amado nunca, se soportaron apenas y se habían soportado malamente.

Y pasó un alegre mes para el canario, al cual había yo bautizado Mario, en recuerdo de un compatriota mío, famoso tenor en su época. Los vuelos ligeros, los largos trinos, las notas puntea-

das de aquel tiempo feliz, jamás tuvieron su igual en el mundo de las aves canoras.

Un día se me ofreció una compañera para Mario, la cual podría acaso llevar más alegría a la jaula solitaria. La nueva canaria venía de casa de un carbonero, y aun se le notaba en las alas un poco de polvillo de carbón. No era de bonita estampa, ni tampoco era el ideal para un canario amante de otro sexo; pero a todos nos pareció que la prolongada soledad había vuelto a Mario fácil de contentar. Todo lo contrario.

Apenas fué encerrada la canarita, se pudo observar que Mario, con gran disgusto, se retiraba a un ángulo de la jaula, y hacía inútiles esfuerzos para atravesar los alambres de su cárcel. Y de pronto me pareció que la bella casa, la casa sonora de cantos, el lugar lleno de luces y de alegría, convirtiéndose para Mario otra vez en prisión. Para la canaria no resultaba la jaula una prisión, y ella, sin preocuparse de la acogida hostil que se le acababa de hacer, se adueñó rápidamente del lugar, considerándolo seguramente mucho mejor que el que antes habitaba. Probó el alpiste, que le pareció sabroso; picó el terrón de azúcar y lanzó un alegre trino; y para encontrarlo todo a su comodidad, tomó un baño en el recipiente donde sólo Mario acostumbraba beber. En suma, se instaló en su casa, y lo demostró de modo bien insolente.

Después del primer día de muda hostilidad, vinieron días de manifiesta hostilidad, durante los cuales los dos canarios, puestos uno frente al otro, se amenazaban, trémulos de ira, con los ojos saltados y el pico listo para atacar. Hasta que una mañana, en el momento que me acercaba a la jaula para hablar con Mario, el pobrecito

animal cayó muerto. Lo saqué de la jaula, esperando lo imposible, es decir, que pudiera revivirlo con mis caricias. Su cuerpecito estaba aun caliente, pero sin vida, propiamente muerto... de pena. La pequeña carbonera, indiferente, permanecía en lo alto de la jaula, sin cuidarse siquiera de mirar hacia abajo.

¡Que venga ahora a decirme aquella bestia... no, aquel nuevo filósofo que los animales no piensan!

Pero si sufren, piensan; si conocen el dolor moral y no mueren, son malos filósofos.

Dos golondrinas, recientemente desposadas, se han adueñado del alojamiento. En la viga negra y torcida han abierto un nido nuevo y lo han construido con la infatigable labor de sus picos. La cosa anduvo como van siempre esta clase de cosas bajo las estrellas.

En el amanecer de un día de mayo, aquellas criaturas aladas se habían detenido sobre el hilo de hierro que lleva la palabra eléctrica. Y uno de los esposos había dicho al otro (que le escuchaba atenta y silenciosamente), largamente con gorjeos, le había dicho una bellísima lisonja. Después el macho había lanzado audaz grito para cantar el himno bello a una futura prole. Así, en aquella rápida hora había bajado el paraíso a la tierra. Ya sea porque las golondrinas no saben todavía, ni lo sabrán nunca, la mentira que día y noche pasa por el hilo eléctrico sobre el cual se posaban, hasta hoy no hubo traición, y ellos han mantenido bien sus promesas, y después de haberse amado tanto, siguen amándose aún.

Al construir el nido había venido en su ayuda la doctrina amorosa; trayendo la arista o el pedacito de greda al nido, debieron oír el leve piar de sus hijuelos, de esas criaturas nacidas del amor de dos infatigables esposos.

Llegó un día la prole esperada, ciega aun y muda, pero contenta ya de aprender el amor que la había procreado, y de adivinar otra

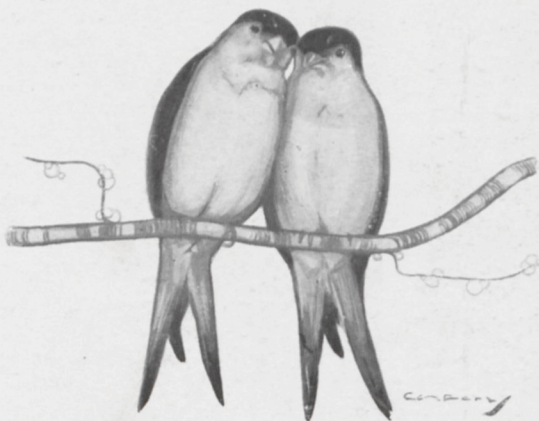


Por SALVADOR FARINA

fiesta de cantos libres que serán escuchados por otro hombre taciturno.

Yo miro con agrado aquellas bodas. Mientras permanezco a una distancia que no produzca inquietud en los pájaros, puedo observarlos a mi sabor; pero si me acerco para admirar mejor sus amplias alas, su cola partida, sus pechitos blancos y el arreglo de la cabeza con su penachito en continuo movimiento, las dos golondrinas alzan el vuelo y me saludan con un pequeño grito de terror. Insisto en quedarme allí, y una de las golondrinas se aproxima al nido, temiendo por sus hijuelos, después se junta a su compañero y por poco tiempo ambos se retiran volando. A poco vuelven, y siempre parecen rogarme que me vaya. Vencido por aquel ruego yo me retiro. Ya sé todo. He visto aquellos dos esposos vestidos como nos vestimos nosotros, los hombres, en el día de nuestras bodas. Tienen un traje negro con cola, el escote blanco, y lucen en la cabeza un peinado que parece obra de un hábil peluquero. Sin embargo, no me parece que ninguno de aquellos dos esposos se envanezca de su vestido, ni que se hayan detenido sobre un arroyuelo de agua límpida a contemplarse como en un espejo, ni que ninguno de los dos desee embellecerse más de lo que son por naturaleza, sino que ambos ansían brindarse su amor, dándose puro a sus hambrientos y desnudos hijitos.

Las golondrinas han dejado de desconfiar de mi presencia y de mis miradas. Cuando los pa-



jaritos nacidos poco ha, han satisfecho su hambre, los padres permanecen junto al nido llenos de amor; me miran con lástima porque me ven solo; y porque me temen, creen que me siento castigado al inútil deseo de cosas que han desaparecido. Y en cambio, ocurre todo lo contrario: pensando yo en la bondad, que tanto nos enamora cuando estamos en el ocaso de nuestra vida; en el dolor que todo lo ofende en la hora postrera; en la piedad que por poco hace renacer el sentimiento del amor, pienso en las vagas criaturas las cuales siempre creí incapaces del mal y que alguna vez suelen ser crueles e injustas.

Lo que voy a narrar, ocurrió hace poco en mi tierra.

Un viejo gorrión, muy atrevido e inmensamente egoísta, invadió el nido de las golondrinas, ese nido por ellas construido con alegres fatigas para su amor. Cuando el audaz gorrión se hubo acomodado en casa ajena, ciertamente le pareció que aquel nido, magníficamente hecho para sus propias necesidades, fuera realmente suyo.

Cuando regresaron los dueños del nido y lo encontraron ocupado, comenzaron a dar señales de inquietud, seguidas luego por súplicas y acaso por amenazas. La golondrina macho se abalanzó para atacar al intruso; pero el gorrión era el más fuerte, y se había hecho del nido un verdadero baluarte, de modo que rechazó a picotazos la tentativa de su rival.

Una vez más en esta tierra miserable acababa de manifestarse inútil la súplica del humilde hacia el poderoso.

Entonces las dos golondrinas, heridas en el sentimiento de justicia, pensaron en la venganza. De igual manera procede a menudo el hombre.

Las golondrinas lanzaron al aire agudos gritos para invocar la ayuda de sus compañeras; muchas golondrinas juntáronse en poco rato, y acercándose al nido, parecieron exigirle al prepotente gorrión que lo abandonara a sus legítimos dueños. Pero el soberbio animalito no se arredró

ante tal amenaza colectiva. Cada vez que una golondrina se asomaba al nido, un picotazo del gorrión la obligaba alejarse adolorida y gemebunda. Entonces la justicia cambió de faz y dejó de parecerme justa.

Todas las golondrinas bajaron al suelo a proveerse de pedacitos de greda, para hacer de aquel nido ocupado por la violencia, la prisión del gorrión presuntuoso y malo. Más presuntuoso que malo, porque el gorrión estaba seguro de sus actos y reía; el petulante, reía del trabajo que sus adversarios venían haciendo.

Siguió riendo hasta lo último. Mientras que un rayo de luz penetraba en el nido, pareció a aquel pilluelo insolente que podría recuperar su propia libertad cuando quisiera, y pocos golpes de su pico robusto bastarían para destruir la larga labor de las golondrinas. ¡Vana ilusión!

Después reinó obscuridad completa en el nido, y las golondrinas, ya cumplida su venganza, se desparramaron por el espacio con un largo grito de victoria. En vano el sepultado vivo, cuando quiso ver de nuevo la luz del sol, se puso a la obra de abrir a picotazos la prisión de greda que debía ser su horrible tumba. Al día siguiente otro pilluelo, de la especie humana, abrió el nido y encontró al gorrión muerto de asfixia. Alguien, no ciertamente yo, lanzó este fuerte grito: «¡Se ha cumplido la justicia!»

En el bosque espeso, donde se siente seguro y sabe que le escucha su no muy alejada compañera, el pequeño cantor despliega su límpida voz.

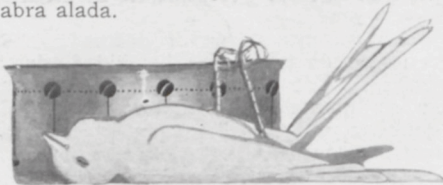
Lanza primero un reclamo: «¿Estás ahí?»

Después un gorjeo leve para no despertar a otros compañeros alados, que del sueño hubieran pasado rápidamente a la acción de escapar volando, como si adivinasen la muerte. Luego un largo trino interrumpido por brillantes agudos. La selva calla para escuchar mejor.

Aquel magnífico cantor, que durante una gran parte de la noche ha invocado la luz, es acaso un ruiseñor o un gorrión solitario. Con las primeras luces de la madrugada otro pájaro, ciertamente una curruca, me despierta. Todavía no se vislumbra bien las cosas en medio de la penumbra matinal, y el pájaro aquel parece elevar una plegaria, porque su canción, en medio del gran silencio, antójase a la plegaria mía y la suya. Para mí y para nuestros hermanos no humanos, aquella canción va diciendo que todo el mal de ayer ha desaparecido, y que hoy resurge el amor. Y también se dice a sí mismo y a mí que el ocaso es un engaño, porque el porvenir no tendrá crepúsculos.

Aquellas criaturas aladas, casi ignorantes de su facultad de volar, permanecen largo rato silenciosas; luego un pajarito tiente realizar un pequeño vuelo, imitado de inmediato por otros; y comienzan sobre la planta secular las pláticas alegres de los nacidos ayer. Y hasta la curruca se calla para escuchar la vida de la otra gente alada.

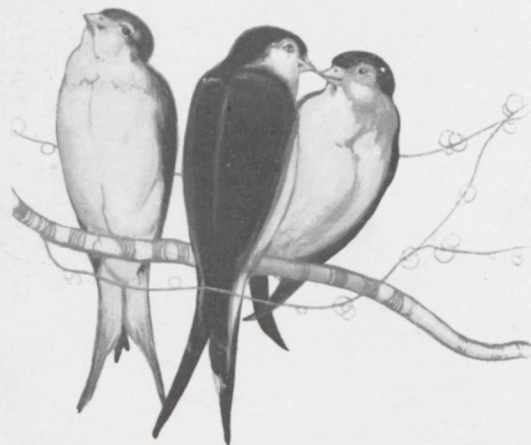
Pero no. Ni el ruiseñor ni la curruca cantan; sólo expresan sentires de sus almas menudas y tiernas. No fueron a ninguna escuela y aprendieron sólo la voz consoladora de la naturaleza. Aprendieron el trino de un arroyuelo murmurador que se abría camino entre las piedras; del viento aprendieron el silbido agudo; las ramas inquietas por amenazas de un huracán inminente, el fulgor lacerador; el punteado del granizo que tamborilea con sus descargas; el ruido de la lluvia, dieron al pequeño alumno refugiado en su nido todas las lecciones de aquello que no es canto, sino palabra alada.



Allá en la selva, donde el hombre no se aventura y donde en la noche pasa con miedoso apuro, los pequeños cantores, colocados entre la espesura, nada pueden aprender de los hombres.

En cambio, cuando el hombre los ha hecho cautivos y los tiene en prisión, aun la curruca, el ruiseñor y el estornino ascienden prontamente al nivel de la humanidad. Y su canto no tiene más su alegría, se hacen dóciles imitadores de notas entonadas que no entienden. Si los pajarillos llegaron a creerse realmente los reyes de la creación, apenas el hombre los esclaviza, se vuelven serviles y aduladores. Y para adular mejor al dueño que los alimenta, imitaron el canto de los hombres.

En una jaula que tiene un mesonero vecino mío, pasa la vida miserable uno de aquellos esclavos. El ya no sabe volar, y casi ha olvidado las alas que sólo despliega como un abanico inútil para sacudir, acaso, de un lado a otro de su prisión su interminable fastidio. Y nada se dice a sí mismo ni dice a sus hermanitos libres que vuelan por las plantas cercanas. En cambio, *ahora canta*. Canta siempre mañana y tarde; repite en tono mayor los dos primeros compases de la *Marcha real*, y los alterna casi sin intervalo con dos notas de la *Geisha*. El resto no lo conoce. Ese resto, que era el trino largo, el silbido petulante, el gorjeo suave y punteado de notas brillantes; el resto, que era la pregunta sumisa, que era tal vez su pensamiento, que era ciertamente su amor; el resto, que me volvía más pensativo y más amante cuando uno de mis semejantes no había corrompido la vena simple del solitario, haciendo brotar



de su garganta pocas notas que le eran incomprensibles, y aprisionando su canto en una tonalidad humana: todo ese resto ha desaparecido de su pobre vida.

De tal manera, aquel pobre gorrión ha perdido todo: su libertad, su vuelo audaz y su palabra. Es un vencido, un esclavo que se gana la vida adulando a su señor. Y ha llegado a suceder que aun el amo lo tiene en continua zozobra, que los vecinos no lo pueden sufrir más, y que cualquier pilluelo se mofa de él. Y el pobrecito, en quien ha penetrado aquella obsesión del *canto humano*, tanto se ha humanizado que parece ya un tonto o un demente en el manicomio de su jaula.

Quizás ocurra lo mismo con otros pequeños cantores que encuentro en mi camino.

Tenían una inteligencia clara junto con una imaginación vivaz; eran libres de decir su pensamiento a quien quisiera escucharlo con oído benévolo; en el inquieto buscar del bien, de las manías dolorosas y amables habían conseguido revelarse llenos de un arte magníficamente sereno y simple para contentar los deseos de los buenos.

Pero aquellos mis semejantes han tomado también todas las sinuosidades de estilo, todas las palabras desusadas, todos los melindres, todas las licencias; y también cantan la *Geisha* y la *Marcha real*. Y ni aun dicen bien porque no saben decir nada, puesto que para ellos las palabras se han convertido en una bella e inútil sucesión de sonidos; han cesado de ser pensamiento y sentimiento para hacerse prisioneros de las imágenes, y esclavos de la música afrosiática; nada más; esto es poco menos que nada.

Milán, 1916.

DIBUJOS DE CONTRERAS.



DE LA COLECCIÓN DE D. JUAN CANTER

ENTRE DOS LUCES

ÓLEO DE SOROLLA



No me atreveré a negar la excelencia de la palabra, ese precioso atributo que nos distingue de los demás animales y del que tan brillante partido ha sabido sacar el hombre con la feliz creación y multiplicación de los idiomas; pero la verdad es que la palabra, la elocuente palabra, resulta algunas veces bastante ineficaz y otras veces completamente inútil.

Yo he pasado media tarde tratando de convencer a un amigo de que el alumbrado público de Buenos Aires es muy malo; él ha empleado la otra media tratando de convencerme a mí de que es excelente. Ninguno de los dos ha convencido al otro. Si todo aquel caudal de palabras, empleado inútilmente en la discusión, se hubiera podido convertir en fuerza, y esa fuerza aplicarse a la rueda de una noria, entre mi amigo y yo hubiéramos podido regar aquella tarde, cómodamente, diez hectáreas de campo.

Y he quedado descontento de la palabra, y he pensado:

¿Nos habremos excedido en el elogio de la palabra? ¿Será tan útil como dicen? Y de reflexión en reflexión, he llegado a preguntarme seriamente: ¿Podrá prescindirse de la palabra?

Inmediatamente me he acordado de los oradores. Los oradores no pueden prescindir de la palabra, luego la palabra es indispensable, porque si no hubiera palabra no podría haber oradores; pero seguidamente se me ha ocurrido que si la palabra es indispensable a los oradores, la oratoria no es indispensable a la humanidad, y de nuevo me he sumido en un mar de dudas y otra vez he vuelto a preguntarme: ¿Será necesaria la palabra al hombre? ¿No estaremos perdiendo el tiempo al hablar?

Para salir de una vez de dudas, me ha parecido lo más acertado someter el caso al terreno experimental.

Todas las palabras juntas no son tan elocuentes como un hecho.

Vamos a ver, me he dicho, si una persona, yo por ejemplo, sin alterar en nada mi vida ordinaria, sin modificar mis costumbres, puedo prescindir de la palabra.

Y sin elección previa, tomando al azar un día cualquiera, me he sujetado a la experimentación.

Me he levantado a las once, como todos los días, y como todos los días, mi criado me ha servido el almuerzo, sin que para ello haya tenido que decir ni una sola palabra.

Terminado el almuerzo, he salido a tomar café. Me he sentado a una mesita en la que estaba aún sin retirar el servicio de otro cliente.

Se ha acercado el mozo, y al insinuante «Señor...» me ha bastado dar dos golpecitos en el borde de la taza para ser entendido.

«¡Un expreso!» ha gritado el mozo.

He tomado con toda calma mi café, he pagado y he salido sin necesidad de pronunciar una sola sílaba.

Una vez en la calle, me he dirigido a la imprenta a fin de recoger unas pruebas. He temido por un momento que no estuvieran, dada la costumbre de los impresores de no tenerlas nunca para cuando prometen, y que tal informalidad me pusiere en el caso de incomodarme, y por lo tanto de hablar; afortunadamente no ha sucedido así, sino que las pruebas estaban y me han sido entregadas inmediatamente, pudiendo salir también de la imprenta guardando mi precioso silencio.

Tenía necesidad de cotejar dichas pruebas con su original, y me he trasladado a la Biblioteca Nacional. Al llegar allí, he extendido la correspondiente boleta que he entregado al encargado de recibirlas, y cinco minutos después tenía en mi poder el libro pedido.

El DON DE LA PALABRA Por A. Aguilar DIBUJOS DE CIRIO

Terminado el cotejo, me he acercado de nuevo a la mesa para devolver el texto y recoger la boleta.

El bibliotecario me ha preguntado el número del asiento que ocupaba; como yo creo que lo que debe preguntarse es el número del libro, no he contestado, sino que me he encogido de hombros para darle a entender que no lo recordaba y le he mostrado el libro por el lomo para que viese su numeración.

El empleado ha insistido en su pregunta, yo he insistido en mi gesto de no recordar; entonces el de la biblioteca ha hecho un mohín de disgusto,



ha murmurado algunas palabras, pero me ha entregado la boleta.

Mi enérgico y elocuente silencio ha salido triunfante de una pregunta inútil e impertinente.

A poco de salir, he recordado que tenía que cortarme el pelo; para ello me he metido en la primera peluquería que he encontrado al paso, y después de quitarme el sombrero y dejarlo en la



percha, me he sentado cómodamente en un sillón.

Un oficial se ha acercado en seguida para preguntarme «qué había que hacer». Nada he contestado, sino que limitándome a levantar la mano a la altura de la cabeza, he movido los dedos a manera de tijera.

Ha bastado esa silenciosa explicación para que el peluquero, perfectamente enterado de lo que quería, pusiese inmediatamente manos a la obra.

Veinte minutos después salía de la peluquería completamente rejuvenecido y perfumado y dejando allí todo el pelo que hubiera podido tomarme cualquiera. Mi boca no se había abierto para nada.

De nuevo en la calle, he resuelto ir a cobrar un artículo publicado el día anterior en un semanario. Los créditos deben hacerse efectivos cuanto antes.

Para ir a la administración he hecho parar un tranvía, sin más trabajo que el de levantar con rigidez el dedo índice, como es costumbre en todas las personas, incluso los charlatanes.

Al llegar frente al semanario, he descendido del tranvía y he entrado.

Un ordenanza me ha salido al encuentro para preguntarme a quién deseaba ver.

He señalado la puerta de la dirección.

«El señor director está ocupado», ha dicho el ordenanza.

No he replicado. He sacado una tarjeta, he escrito en el respaldo: «Deseo cobrar mi artículo», y se la he dado al ordenanza.

El ordenanza ha entrado con ella en la dirección, y poco después ha salido con un papel que me ha entregado.

Era la orden de pago a la administración.

He pasado a esta oficina y he presentado la orden.

El administrador ha extendido un recibo, ha abierto la caja, ha sacado unos billetes y los ha puesto sobre la mesa.

Yo he firmado el recibo, he cogido los billetes y he salido, no sin dirigir antes una acariciadora sonrisa al administrador, la sonrisa con que todos los que cobran suelen obsequiar a los que pagan, y un afectuoso saludo con la mano al resto del personal.

Para toda esa labor no he necesitado desplegar los labios.

Pasito a pasito me he encaminado a mi casa, y después de cenar, para lo cual, claro está, que no he te-

nido que decir «esta boca es mía», porque mi criado ya lo sabe, he vuelto a salir con el propósito de asistir a un estreno.

Al llegar al teatro, he visto colocado el cartelito de «No hay plateas». Esto me ha contrariado, pues tenía vivos deseos de conocer la obra.

Ya me retiraba resignado del teatro, cuando se ha acercado a mí un revendedor de esos que la policía tiene rigurosamente prohibidos.

—¿Plateas, señor?... Cuatro pesos no más. Como en boletería cuestan dos, he sacado tres del bolsillo y se los he enseñado.

—¡No puedo, señor!

Me he guardado el dinero.

—Dé siquiera tres y medio.

He echado a andar.

—Téngala, señor.

Me he detenido, he vuelto a sacar los tres pesos y se los he dado, tomando en cambio la platea.

Ni una sola letra he tenido que pronunciar para dejar ultimada esa operación mercantil.

He entrado en el teatro y me he acomodado en mi butaca.

A poco de entrar ha empezado el espectáculo. Se trataba de una zarzuela, y de una zarzuela mala. El único que opinaba que era buena era mi vecino de butaca. He estado a punto de romper mi silencio y de romperle la cabeza a mi vecino.

El público, desde las primeras escenas, se ha mostrado dividido: unos han silbado la letra y otros la música. Al llegar al final, la obra en conjunto ha sido silbada por todos, ya de acuerdo.

He salido satisfecho del teatro: siempre es satisfactorio que revienten al prójimo. He vuelto a mi casa y me he metido en la cama como todos los días, sin haber tenido necesidad de hacer uso para nada del admirable don de la palabra.



LOS MAESTROS FRANCESES DEL SIGLO XIX EN LA COLECCIÓN DE DON ANTONIO SANTAMARINA



GERARD. — RETRATO DE ISABEY

Muy grande ha sido en nosotros el interés despertado por la pinacoteca de don Antonio Santamarina, al hallar en ella congregadas, con rara inteligencia y en un ambiente de fina elegancia, obras las más escogidas de los maestros del arte; hemos experimentado esa sensación que sólo de lo bello nace y que se nos allega en procura del bien y ennoblecimiento del espíritu.

A pesar de que ella reúna innumerables especímenes de épocas y escuelas diversas, nos concretaremos a comentar las de aquellos artistas galos de la centuria que cobijó la revolución romántica y a cuya vera prosperó la peregrina evolución de las artes pictóricas; son ellos, a nuestro entender, los que la caracterizan, tanto por el alto valor de sus obras como por lo homogéneo de su conjunto, que explica con galana elocuencia la preparación y elevado criterio del coleccionista.

Alineados en acertada euritmia, uno y otro cuadro nos hablan de las tendencias por una y otra escuela defendidas: neo-griegos, simbolistas, románticos, idealistas, falansterianos, realistas y naturalistas, ocupan su sitio informándonos de los históricos antagonismos, de sus fases transicionales y procurándonos, con su fragor estético, las más deleitosas emociones.

Es el retrato de Isabey, del pincel de Gerard, el que nos anuncia, en esta ocasión, la era de las grandes controversias. El que fué pintor de atildadas damas y galantes paladines, aparece de medio cuerpo, destacando, sobre un fondo gris obscuro, la faz pálida de ojos azules, y el busto ajustado por una chaqueta de amarillo tenue. Ya el discípulo de David, desprendiéndose del academismo neo-griego, trata de hermanar el afán de realismo a los métodos aprendidos en el taller del maestro; prima en ello la expresión madura de su espíritu refinado y aristocrático. Es, en su conjunto, un dechado de natural y sencillez; la pincelada fina acaricia todo con virtuosidad, empastando tan sólo aquellas partes que han de hacerse valer, ya por el vigor del color o bien por la afluencia de la luz. Así en la paleta que sostiene con distinción en la diestra, sucédense pastosas las

manchas de vermellón, de ocre, de blanco y de siená; las arrugas de la chaqueta surgen nítidas, enriquecidas por la materia en los claros, y, por el contrario, tamizadas y flúidas en la sombra. El lienzo de trama nudosa ha absorbido en partes las espesas superposiciones, contribuyendo ello, conjuntamente con la pátina de los años, a dar mayor armonía y concierto a los diversos elementos del retrato.

Muy bien nos prepara esta obra tan sugerente, por ser fruto meritisimo de la escuela intermedia que fluctuó entre el Dávinismo y el romanticismo, a contemplar la «Mise au Tombeau», de Eugène Delacroix.

Nos hallamos en presencia, según nuestro criterio, de una de aquellas composiciones que el maestro de las grandes orquestaciones pictóricas concebía, allá, bajo la luz dudosa de la lámpara, en la modesta morada de Champrosay, en noches nostálgicas, acuciado por sus hondas riñas espirituales.

El revolucionario, el brillante alumno de Pierre Guérin, en este caso, renuncia a los ampulosos procedimientos que fueron los medios consagrados por «Les Massacres de Scio», por «Dante et Virgile» y por «La Barricade»; no es tampoco la influencia de los ingleses John Constable y Bonington, sino que preferimos creer por nuestra parte que Delacroix recordó más bien al dar cuerpo a las imágenes de esta escena a su viejo amigo, el verdadero maestro de su espíritu; Theodore Géricault, «Le Radeau de la Méduse» es el abolengo de este cuadro. He aquí el sujeto: En un ambiente soturno, por entre los sórdidos socavones de una cueva descende un bíblico cortejo; el cuerpo del redentor aparece lívido sobre blanca mortaja, conducido por tres personajes ataviados caprichosamente. Están ellos en primer término junto a otro que entra en la tela de medio cuerpo y de espaldas sosteniendo un hachón que fulgura en las sombras aciagas, se añade al grupo una dolorosa, verdadera endecha de piedad. Estos últimos señalan el sitio del enterramiento; más atrás, en lo más profundo, se dibuja lo demás del séquito; lo forman: En una ringla tres personajes, el uno gualdo, el otro azul, el tercero bermejo y todos encapuchados; más adelante una cuarta figura encorvada baja los peldaños oprimiendo en sus brazos un cántaro de arcilla. Todo el drama se desarrolla en las profundas medias tintas del téntrico subterráneo, sólo iluminado por la llama amarilla de la tea y por los resplandores que se allegan de un afuera que suponemos diáfano y sonriente. El plañir rítmico de las actitudes, las caras macilentas y acongojadas, apenas atenuadas por la resignación mística, contribuyen a contemplar este efecto de exquisita angustia.

En cuanto a la manera, es amplia y muy libre en los personajes del primer plano, especialmente en la de uno de ellos que se nos presenta en arriesgado escorzo; los del fondo se hallan modelados con beatitud. La factura sólida hace valer los rojos y azules de mantos y esbozos, la nota blanca del sudario triunfa ayudada por la siená betunosa que por rocas y losas se desparrama conducida por una brocha nerviosa y apasionada. Y ahora frente al quejumbroso episodio de la biblia secular de manos del insigne maestro nos place el recordar las palabras que Théophile Silvestre le dedicara: «Era un pintor de gran raza que llevaba un sol en el cerebro y tormentos en el corazón — que recorrió durante cuarenta años todo el teclado de las pasiones humanas y cuyo pincel grandioso, terrible y suave pasaba de los santos a

los guerreros, de los guerreros a los santos, de los santos a los amantes, de los amantes a los tigres y de los tigres a las flores.»

Si Delacroix, el hombre de exterior frío bajo aquel pálido manto de hielo, disimulaba el pudor de su sensibilidad y de su amor ardiente por el bien y por lo bello, era el artista puro que se abnegaba en holocausto de sus afiebradas imaginaciones y de aquellos amigos, secretos de su predilección.

Tres obras que llevan las firmas de: Isabey, Lami y Decamps completan la figuración de este período. Las de los dos primeros obedecen cumplidamente al concepto pictórico, ya muy comentado de estos maestros; la de Decamps es una seria simbólica de dimensiones reducidas. En una altiplanicie caótica, por entre riscos y malezas, escápase con sigilo un humo misterioso, soporte y envoltura de una figura emblemática; dos peregrinos hincados adquieren contornos piadosos. Vaga aquí el exotismo de su viaje a Esmirna, sus altas cualidades de eximio pintor de caballete se afianzan con donosura. «Le Remouleur» y la «Sortie de L'Ecole Turc» no quedan ajenas a esta agua-tinta que por los blancos de gouache y los retoques de sepia asume, tanto en el dibujo como en el modelado, la firmeza de un óleo.

Pero si bien la pintura de género de los primeros innovadores se halla tan fielmente representada, aún lo está en creces en lo que se refiere a los paisajistas de 1830.

«Le Moulin», de Jules Dupré, nos inicia en la escuela. Un viejo molino bate el cielo anubascado con sus negras alas; por la carretera ancha y parada va la maraña blanca siguiendo el azarbe por donde corren las aguas de la lluvia reciente. Nada más sencillo ni nada más armonioso. Todo se entiende en una suave sucesión de tonos cobrizos. Del procedimiento robusto que modela la tierra y de la distribución de la luz nace la unidad melódica que la exalta. Bien atestigua el melancólico molino de Dupré la alianza que él hiciera entre el legado de Paul Huet y la escuela inglesa.

El romántico de los románticos: Narcisse Ulysse Díaz lo hallamos patentizado en una escena trágica de color. Un cazador y su perro cruzan raudos una pradera entoldada por fieros nubarrones, los árboles y el cielo parecen gemir bajo la presión recia del huracán; todas son notas oscuras que conspiran en un drama atmosférico. Está ejecutado de cerca, los verdes riquísimos se hallan obtenidos unas veces por hábiles empastes y otras veces por raspajes oportunos. Se denuncia con brío el lirismo de Díaz, las indicaciones violentas ponen muy de relieve su amor exaltado y poético por la naturaleza.

Del exquisito Corot admiramos un paisaje sencillo. No pasean en él ni las ninfas, ni las driadas, ni las hamadriadas surgidas de los estanques o de embalsamadas forestas; esta vez han dejado libre el campo a una zagala diminuta indicada brevemente junto a una vaca apacible. Se encuentran en el terminar de un bosque, los últimos liños de copiosa fronda recortan el cielo; más atrás se



ULISSE DIAZ. — LA TORMENTA



COROT. — PAISAJE

asoman escalonadas casucas que sirven de basamento a un litúrgico campanario. La capa extensa de verde, que cubre las tres terceras partes del lienzo, resumen sintéticamente la práctica del paisajista. Sobre fondos cepillados llanamente resalta el follaje expresado con notas luminosas.

Por lo sossegado de su espíritu y por su factura simplista, esta página pictural parece explicarnos ya el porqué de la tendencia naturalista.

Calmado el entusiasmo de los primeros líricos del romanticismo ante las frecuentes observaciones de la naturaleza, fuese formando la legión de los nuevos reaccionarios, por el mismo rabero unos y otros abocaron a realizaciones hermanas. Y aquí nos sale al paso Daubigny hablándonos claramente de tales aseveraciones con la anotación sincera de un brazo de río que suponemos el Sena. Susurra casi el impresionismo amamantado por el despertar de un realismo sentimental en el que se filtran ansias de atmósfera y de luz verdad. ¡Cuánta elocuencia en estas aguas mansas que corren en medio del silencio y de los profundos aromas primaverales!

Constant Troyen, el intérprete de los rumeantes filósofos, nos procura con un asunto de delicioso verismo mayores luces sobre el ideal naturalista. Son dos vacas, la una negra y la otra blanca, tras de ellas en la lejanía discurren, en la adunada campiña, dos cabritas y el cabrero; el despertar robusto de la tierra solemniza la belleza rural, fresca y verde, de la crasa Normandía. La vaca negra amanece triste, en cambio los pastos húmedos y lozanos rutilan bajo la claror del día. El suelo y el herbaje se hallan expresados por pinceladas cortas (correos tímidos del divisionismo), las nubes, por el contrario, barridas por grandes rasgos, semejan adquirir la forma del viento.

Charles Jacque, precursor de Millet; Octave Tassaert, el traductor sincero de las lucubraciones seráficas literariamente ligado por Lamartine y Alfred de Vigny a los místicos Lyoneses y Adolphe Cals que halló en las escenas humildes del pueblo obrero los primeros temas del realismo,



FROMENTIN. — PAISAJE

completan aquí el ciclo y llenan el paréntesis que vincula a la escuela de Robinson con los tesoneros que de 1848 a 1870 renovaron incesantemente los modismos pictóricos. Llegamos a las grandes franquezas, el goticismo apura sus últimos días de vida y el hosco Courbet, vapuleando nuevas y viciosas añoranzas formulistas, cimenta el realismo en una lección sana y brutal que llevó el título de «L'Enterrement d'Ornans».

Su émulo modesto e irónico, Honoré Daumier, nos sugiere la histórica remembranza con una agua tinta caricaturesca: El juez sentencioso parece amonestar a un procesado; atrás, sentados en sus pupitres, comentan el hecho los doctos colegas. Aparte de sus altas cualida-

des humorísticas, por las que merece ser muy especialmente admirado, demuestra un vigor extraño y profundo en la caracterización de los personajes, pudiéndose establecer un paralelo entre lo que él realizaba tomando por modelos a las gentes de París y los rústicos paisanos, de los feraces labrantes, que por artes de Millet comulgaban en horas de recato con la madre naturaleza. «El gran niño distraído y bondadoso» representaba en aquellas sátiras a los tipos populares aguzados por toda la ferocidad de su propia sencillez y de sus impresiones mordaces.

De Ziem y Harpignies, coetáneos del humorista, artistas que figuraron en las filas de los poetas realistas y cuyas vidas y obras prolongáronse casi hasta nuestros días, admiramos: de aquél, dos Venecias engalanadas por el espejismo de una policromía asombrosa, y de éste, un paisaje decorativo tratado con distinción y destreza.

J. L. E. Meissonier figura con una tela pequeña bien equilibrada y ejecutada con primor y minucia. Un paisaje de Eugène Fromentin merece muy especial estudio: bajo un cielo gris se agrupan, próximos a una carpa y a un árbol añejo, numerosos caballos cuyas crines retozan al soplar de una brisa suave; uno relincha, otro paca y los más contemplan la pradera hermana. Por el sendero marcha el hato de minúsculas ovejas. Las tierras verdes, ayudadas por los tonos neutros, se diluyen en el horizonte en una sabia relación de valores. Hay en los caballos rasgos curiosos, diríase que sus bellezas corpóreas exaltadas por un no sé qué desconocido les hiciera aspirar a algo más, nos saben mucho a centauros. La gran cultura clásica del autor de «Les Maitres D'Autrefois» y los comentarios de su viaje Biskra, nos dan buena cuenta de este sentir semi-clásico, semi-exótico; ¡qué lástima que el pintor literato, esclavo en demasía de tecnicismos pretéritos, no haya consumado su obra con una manera más libre y más suya!

Ahora estamos frente a una figura pálida de un livor voluptuoso: se trata de un estudio muy terminado de Jean Jacques Henner. Es el triunfo emotivo de la belleza plástica a la que se asocia, por la fina personalidad del pintor alsaciano, el ponderado realismo de Courbet a la tradición Holbeniana.

«La Danse», de Fantin Latour, pertenece a su última época; es la hermana menor de aquella sinfonía pictórica titulada «Les Danses», del museo de Pau, que figuró en el salón de 1891. Por la influencia musical de Wagner,

de Berlioz y de Brahms, llegó Fantin a imaginar estas composiciones en que la melodía del color juega amorosamente con la cadencia de las líneas. Una danzante envuelta en gasas blancas, un peristilo gris, un fondo de jardín. Varias mujeres hermosas la rodean embeñadas por un ritmo paradisíaco. Los trajes, las carnes, las plantas, los vestidos se hallan acariciados por un pincel sutil, devoto de la diosa armonía.

Citaremos a Théodule Ribot, Neuville, Chaplin, Boudin, Leon Lhermitte, Lepin, Boitet, Bail, Bouguereau, Veyrassart, Charles Cottet, Rene Menard, Lucien Simon, Caro Delvaille, Le Sidaner, y Forain, sus nombres bastan, ya que no hablamos de sus obras, para demostrar que la última etapa evolutiva se halla en la colección muy dignamente representada.

Hemos dejado de citar intencionalmente el nombre de Eugène Carrière. Dos telas muy importantes procuran la lección del maestro moderno del claro-oscuro y hacen que su talento generoso sea por nosotros recordado con marcada predilección: En la penumbra vaporosa las medias tintas ahogadas en la sombra dejan traslucir la faz dolorida de una mujer y la cabeza de un hombre de cabellera ocre, en cuyo semblante se asoma la dulzura del no existir. La austeridad ideal del concepto, moral y filosófico, que practicó el artista en sus últimos años de vida, se halla cristalizado allende las formas, que para mayor abstractismo se desatan de las líneas y se funden en un caos indefinible y vibrante.

Por muy satisfechos nos daríamos si estos deshilachados comentarios fueran capaces de comu-



DELACROIX. — LA MISE AU TOMBEAU

nicar a quien los lee el respeto que nosotros profesamos por los maestros que del año de 1801 hasta el de 1906 cumplieron con la alta misión de renovar, a la par que evolucionaba el espíritu, las artes de pintar. Huelga casi el agregar que la pinacoteca, objeto de la presente publicación, es lugar seguro de meditación y consejo que por conocimiento y juicio peritísimo de quien la formara es hoy tesoro artístico argentino. El altruismo del señor Santamarina lo convierte en bien nacional; no se trata del hermético joyel cerrado a las miradas investigadoras y curiosas, sino que, por el contrario, ofrece sus luces y riquezas a todos cuantos busquen en él la herencia de los eruditos de antaño y de hogaño.

MARTÍN S. NOEL.

Merced a la hidalga galantería del señor Santamarina, pueden los lectores admirar el notable clico de Zuloaga que ilustra una de nuestras páginas. De ese modo podemos atestiguar que es justa la frase final del brillante artículo del señor Noel. No se trata, efectivamente, de un tesoro artístico guardado por el egoísmo de un coleccionista, egoísmo muy justificable, pero que redundaría en perjuicio de la cultura nacional, porque la pinacoteca del señor Santamarina es un verdadero tesoro de arte pictórico. A más de los cuadros de que nos habla el señor Noel, hay allí numerosas obras pertenecientes a otras escuelas. Por la holandesa está Van Dyck. La hispana se encuentra representada por telas de Zurbarán, el Divino Morales, Ribera el Españoleto, el Greco y Murillo. Luego, el genial y anárquico Goya, y tras él, las mejores firmas de la pintura española moderna: Sorolla, Zuloaga, Domingo, Madrazo, Benedito, Lucas, Barbudo, etc.

También hay cuadros de Laurens, Mancini y otros, para completar el valor de este museo.

Páginas femeninas



MERCEDES MASCHWITZ



CARMEN CARBALLIDO GUERRICO



LOLA GUIRALDES GOÑI



SUSANA HOLMBERG



CLARA ESTRADA



MARÍA TERESA BOSCH ALVEAR



MARÍA TERESA ESTRADA



AGUSTINA
PICO
ESTRADA



ELISA
PICO
ESTRADA



ANA ROSA SCHLIEPER



MARÍA ELENA VILLEGAS HAMILTON



JOSEFINA CANTILLO ACHAVAL

lueta, Josefina Cantilo Achával posee el don de atraer con su ingenio tan vivaz como oportuno; también la inteligencia le viene de abolengo... María Teresa Bosch Alvear, hereda la belleza, inteligencia y cultura tradicionales en su hogar: en su perfil de clásicas líneas, hallo el reflejo de la belleza y el elevado espíritu de la más bella de las porteñas de su generación, doña Elisa Alvear de Bosch. Susana Holmberg, que mantiene también muy alta la tradición de hermosura de las mujeres de su apellido; María Elena Villegas Hamilton, educada tan lejos de su país, pero que vuelve a ocupar el sitio que le corresponde en nuestra sociedad, con todos los atractivos de un espíritu culto y refinado; desarrollada su natural inteligencia en la sana amplitud del ambiente sajón, será digna representante de la mujer argentina, siguiendo la tradición diplomática de su familia.

Josefina Guiraldes Madero, Clara y María Teresa Estrada, Augusta y Elisa Pico Estrada, completan con todos los atractivos de su juvenil distinción, la encantadora falange de jóvenes porteñas que son la alegría del presente y que encarnan tan hermosas promesas para el futuro... A ellas, que encierran en sus delicadas manecitas, todas las virtudes y todas las ventajas de la belleza, del rango, y de la fortuna: a ellas, que han sabido conservar como sagrado talismán el recato y la modestia de sus nobles antepasados, a ellas pues, les corresponde mantener con serenidad y firmeza las hermosas tradiciones del hogar argentino, las costumbres sencillas en medio de la suntuosidad porteña, los principios que no deben ser reemplazados por las extravagantes modalidades que amenazan arraigarse en nuestra sociabilidad...

LA DAMA DUENDE.

He querido elegir para estas páginas, en las que irradia el espíritu femenino en todas sus manifestaciones, la nota más interesante de las fiestas realizadas para honrar nuestro grande aniversario... Un nuevo y prestigioso grupo de jovencitas acaba de incorporarse a la vida social porteña, conquistando desde su primer baile los más entusiastas homenajes de admiración y simpatía. Radiantes de luminosa juventud, serenas en su triunfo, luciendo una elegancia tan armoniosa como discreta, han embellecido con el don de su gracia señorial, las santos fiestas elegidas para su presentación, acontecimiento que todas esperamos y recordamos como una de las emociones más intensas de nuestra vida!

Las excepcionales circunstancias, han consagrado este acontecimiento social, con un sello de solemnidad sin precedentes, puesto que al encantador grupo que engalana hoy esta página femenina, le ha sido concedido el conquistar la soberanía mundana, en los momentos en que se celebraban con intenso fervor patriótico, las glorias del pasado, y que reinaban en nuestro espíritu y en nuestros labios los nombres de los fundadores de los mismos hogares que han florecido hoy en medio de las brumas y el cierzo del invierno, con una prodigiosa primavera de gracia y juventud...

Acatando fiel y sinceramente el inapelable juicio del tribunal mundano, debo mencionar en primer término, a las que fueron las triunfadoras en el baile ofrecido por doña Teófilina Alvear de Lezica: Carmen Carballido Guerrico, Mercedes Maschwitz y Ana Rosa Schlieper, se vieron rodeadas por una legión de admiradores, y nunca fuera un éxito mejor justificado... La exquisita belleza de Mercedes Maschwitz, realzada aun más, por la gracia de su sonrisa, que revela todo el ingenio de que ha sido pródiga la familia de La Barra: el encanto que irradia la interesantísima figura de

adicional guitarra, evocando al cantar toda la ingenua poesía de nuestra tierra, y que tuviera al bailar la maravillosa gracia de los elfos...

Lola Guiraldes Goñi, cuyos aterciopelados ojos negros iluminan una tez de marfil y que con la gracia de su sonrisa, acepta serenamente todos los homenajes: inteligente y muy instruida, espiritual y sumamente culta, añade a estas cualidades una modestia y recato que hacen su principal encanto... Me recuerda vagamente a su abuela paterna que fué una de las mujeres más distinguidas de su generación.

Blanca y sonrosada, de cabellera y ojos negros, grácil si-



SRA. MABEL A. STIMSON, ESPOSA DEL EXCMO. SR. MINISTRO DE LOS E. U.

ENCUESTA DIPLOMÁTICA

Pregunta. — De las mujeres que usted ha tratado en sus varias residencias diplomáticas, ¿cuál le ha gustado a usted más?

Respuesta. — Mi primera residencia diplomática es Buenos Aires y sus mujeres me han gustado tanto, que no creo que otras pudieran superar la gratísima impresión que ellas me han producido.

P. — ¿Dónde ha encontrado usted más unión entre el hombre y la mujer?

R. — Considero muy unidos los matrimonios argentinos que he tenido el placer de tratar aquí; y encuentro que la educación de la mujer en este país la pone en condiciones de ser una eficaz colaboradora de su esposo.

P. — ¿Cuáles son los rasgos característicos de la mujer norteamericana?

R. — Me parece poco diplomático hacer aquí el elogio de mis compatriotas.

P. — ¿Qué virtud femenina admira usted más en sus compatriotas?

R. — Todas las virtudes son admirables.

P. — ¿Qué mujeres han honrado y honran hoy la cultura de su país?

R. — Ha habido y hay en mi país muchas mujeres de gran cultura intelectual; nombrar a todas sería imposible; nombrar sólo algunas, sería injusto.

P. — ¿Si no fuera usted norteamericana, dónde quisiera haber nacido?

R. — No hay patriotismo sin exclusivismo.

MABEL A. STIMSON.



Opiniones de la distinguida conferencista Miss Peck, sobre la encuesta:

¿Qué mujer de la antigüedad hubiera querido ser usted? — me preguntó una distinguida señora argentina, mientras hojeábamos juntas la hermosa revista *PLVS VLTRA*. Esta pregunta, hecha así a quemarropa, a la que tantas distinguidas damas del gran mundo han contestado con notable conocimiento de los méritos y virtudes de las mujeres de la historia, me dejó un momento perpleja; pero reponiéndome luego, contesté a mi amable interlocutora: «No hubiera querido ser ninguna de las admirables mujeres del pasado; nuestra época es tan interesante que no quiero pensar que podría no haberla alcanzado. Quisiera ser una mujer del futuro, pues son ellas quienes más harán para elevar a las de su sexo, inspirándoles la necesidad de perfeccionar cada vez más su educación, de formarse el más amplio concepto de la vida femenina, demostrando la igualdad intelectual de la mujer con el hombre, ganando terreno en su respeto y en su afecto y ejerciendo sobre él una más poderosa influencia para bien de la raza humana.»

Y mi amiga argentina, añadió: — Sí; el ideal de la mujer del presente debe ser preparar mujeres fuertes, sanas de espíritu, altruistas y sinceras, para formar la raza del porvenir, raza de mujeres iguales al hombre en el hogar, en la sociedad y en el saber. Compañeras abnegadas, amigas útiles, consejeras seguras y leales. La igualdad ideal que fundirá en uno estos dos seres que hasta ahora, y a pesar del amor, son dos poderes antagonicos siempre en guerra.

El día que la mujer haya conquistado la igualdad, reinará la paz en el mundo, por que reinará en él el único verdadero amor, el amor basado en la mutua estimación.

ANNIE S. PECK.



ASÍ ES LA VIDA

Lo vi una vez y su recuerdo no se borrará jamás de mi memoria: era joven, elegante, simpático; tal vez buen mozo: no lo sé.

Llevaba la cabeza inclinada; las manos cruzadas a la espalda sostenían el bastón. Pasó entre mi amiga y yo y al pasar hizo un leve saludo, tocándose el ala del sombrero. Subió la escalinata del jardín (en aquel instante yo me despedía a la puerta del hotelito de mi amiga), subió la escalinata y se alejó entre los rosales florecidos, con los brazos nuevamente cruzados a la espalda y la cabeza inclinada sobre el pecho.

— ¿Quién es? — pregunté, extrañada de la actitud indiferente y al mismo tiempo familiar de aquel desconocido.

— Es nuestro huésped desde hace varios años: no lo has visto nunca porque jamás se deja ver de nadie: mi marido fué uno de sus pocos amigos a su llegada a Buenos Aires, y después de su desgracia el único que se ocupó de él... Una nube obscureció los dulces claros ojos de mi amiga y continuó: — Es una triste historia que tiene toda la punzante angustia del misterio: Roger es loco...

— ¡Loco!

— Sí, loco de una locura mansa y taciturna que mueve a profunda compasión: No te vayas todavía: te contaré lo que sé de este dolor.

Roger llegó a Buenos Aires, dicen que tras una mujer: borrascosa aventura de amor que su familia en Europa había condenado con gran indignación.

Hijo de un personaje, dueño de gran fortuna, abandonó todo por aquella mujer y ella murió aquí, según parece en circunstancias trágicas: el dolor lo enloqueció: tuvo un ataque de locura furiosa y fué internado por la policía en el Hospicio de las Mercedes. Nadie lo conocía, él había olvidado su nombre, y durante mucho tiempo permaneció en el Hospicio, pasada ya la crisis aguda, sin que se supiera quien era aquel extranjero, distinguido sin duda, a juzgar por sus modales, pero completamente ignorante de su nombre y calidades.

Cartas de Europa obligaron al cónsul de su país a indagar el paradero de Roger, y

no sé cómo, averiguó que se hallaba en el manicomio. — Está bien, le dijeron allí: todo peligro de ataques violentos ha desaparecido; tiene la locura tranquila, puede volver a la vida normal en su hogar, sin que haya nada más que hacer aquí por él.

Transmitida esta noticia a la familia, aquella decidió que se le buscara un sitio honorable donde vivir y que se le pasara una pensión para su sostenimiento en Buenos Aires.

Mi marido que lo supo, y que, como te dije antes, fué uno de los pocos amigos que tuvo Roger a su llegada, escribió a la familia anunciando que había traído a casa al enfermo y que a nuestro lado estaría hasta que se le llevara a su patria. La respuesta de la familia fué que, puesto que él no se acordaba de nada no había objeto de volverlo al hogar. Que estaba bien con nosotros y que le enviarían lo necesario para vivir y no sernos gravoso... y ahí lo has visto: de esto hace ya varios años. Allí, sirve tal vez la fortuna de Roger para aumentar el brillo del blasón, para casar mejor a las hermanas...

¡Qué sé yo! Aquí, él juega con los patos y los cisnes del lago: cuida los rosales, apalea a veces las gallinas porque dice que se rien de él... Para mí es un hijo más... Pero se me oprime el corazón cuando lo veo dirigirse al piano. Toca con insuperable maestría, con un sentimiento extraordinario. Desde que está aquí, no ha estudiado nada nuevo: recuerda lo que antes aprendió: es lo único que recuerda al parecer. Se sienta al piano y toca, toca sin descanso horas enteras: no tratamos de distraerlo porque no oye ni ve nada cuando lo absorbe la armonía de la música, de esa música que él toca, patética, desgarradora, que conmueve como una imprecación o como un lamento. La crisis se aproxima: Roger llora, llora con sollozos hondos, profundos, con sollozos en los que pasa toda la horrible tragedia de su juventud perdida.

¡Y tal vez, entretanto, su madre está gozando en el teatro oyendo *La Muerte de Isolda*!

¡Así es la vida!

FULANA DE TAL.



ENCUESTA DIPLOMÁTICA



SRA. DAISY G. DE SOLER, ESPOSA DEL EXCMO. SR. MINISTRO DE ESPAÑA.

Pregunta. — ¿Qué fué lo que más le impresionó a su llegada a Buenos Aires?

Respuesta. — La regularidad de sus calles y su excelente pavimentación; la magnífica sala del teatro Colón y el Hipódromo, que considero uno de los mejores.

P. — ¿Qué cualidad o qué virtud le parece a usted que caracteriza a la mujer argentina?

R. — La mujer argentina reúne, a mi juicio, todas las cualidades y virtudes; pero se distingue sobre todo por su patriotismo, abnegación, amor a su hogar y por su exquisito trato social.

P. — ¿A qué mujer, de las que usted conoce, se asemeja más el tipo de la mujer argentina?

R. — Por su elegancia y silueta, se asemeja mucho a la parisiense; y en cuanto a belleza, constituye un tipo especial, en el que se encuentran unidos todos los encantos de la mujer del norte a la gracia y expresión de las meridionales.

P. — ¿En qué rama de la actividad le parece a usted que la mujer argentina coopera con más eficacia al progreso de la Nación?

R. — En la cultura general, en la enseñanza y en la beneficencia, como lo prueban las múltiples instituciones sostenidas por damas argentinas y en particular la «Sociedad Nacional de Beneficencia», que es un modelo acabado y perfecto de las de su clase.

DAISY G. DE SOLER.



¿QUIERE USTED SABERLO?

INDISCRETA. — Cumpliendo lo prometido, ahí va la más amplia explicación que he conseguido en respuesta a la pregunta que me hiciste en el número anterior: *Efctiv - L - dostur*.

MARIANELA. — Conozco el caso: no es una fábula, es una realidad; pero sería una imperdonable ligereza de mi parte, darle a usted el nombre de ella y de él. Quizás es cierto que él le debe a ella su carrera, y, por consiguiente, su porvenir; en cambio ella, por *elevarlo*, perdió lo que creía su felicidad. Ella quería con el corazón, y éste no sabe cansarse de querer: él amaba con los ojos y entonces los cariños no tienen profundidad... Germinan en la superficie... Esta es la única razón de lo sucedido.

JE SAIS TOUT. — A pesar del nombre que has adoptado, sufres esta vez una lamentable equivocación: sé de buena fuente lo que pasó, y si las consecuencias tomaron grandes proporciones, el motivo fué insignificante. En uno de los grandes bailes celebrados últimamente, sucedió que yendo una joven y elegante dama del brazo de un caballero cuyo breve apellido suena como un campanillazo, se le aproximó otro caballero, y después de hablarla al oído, ella soltó el brazo de su pareja, y se alejó precipitadamente de su lado, sin dar razón alguna a su perplejo compañero. Ellos se miraron a la cara... y se injuriaron de palabra y de hecho. Las palabras dichas al oído de la interesante dama, se referían únicamente a un desperfecto de su toilette.

GACELA. — Desconfía del amor alegre. Las almas enamoradas son melancólicas, enfermas de hermoso padecer.

ARISTOCRÁTICA. — Si: indudablemente la presidencia futura será democrática en extremo. Siempre han de lamentar los círculos distinguidos, que la iniciada por el doctor Quintana fuera por desdicha tan breve: las delegaciones extranjeras que concurrieron a la solemnidad del año 1910, habrían encontrado que el mundo oficial porteño, podía rivalizar honrosamente con el fausto y elegancia de las cortes europeas.

MARÍA LEBÉM.

Plus
Ultra



BELLEZAS
ARGENTINAS

Srta.
Magdalena
Castro

Vida Bohemia

Por
Montiel
Dallesteros



EL INVENTARIO

No pasaría, seguro, de una blanca cuartilla
La nómina completa de nuestro mobiliario:
Tres catres, una mesa, dos bancos de esterilla.
Los cajones, el primus... se acabó el inventario.

Un don Quijote de Doré, caballero...
Pérez Barradas firma unas caricaturas...
(Esto va como anexo). El clavo del sombrero
Y una vela que hace las sombras claroscuros.

Sobre la anciana mesa ser biblioteca intenta
Una caja en que lucen libros de compra venta,
Lo que sí que selectos, de preciados autores,

Que sabiendo su alta y sesuda importancia,
Presiden las veladas, en que, con arrogancia
Magistral, repartimos más mandobles que flores.



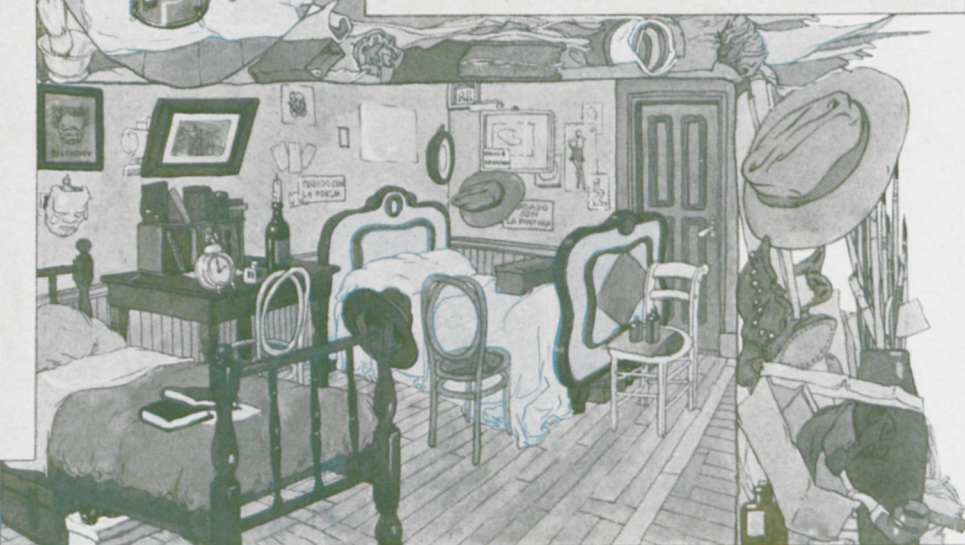
SOLO

Estoy tomando mate; entre dientes me digo
Cuatro cosas vulgares: Precisamente, hay días
En que uno pagaría por tener un amigo
Que paciente escuchara nuestras filosofías.

Cansado de leer a meditar me obligo:
¡El amor, las mujeres, los versos!... Tonterías...
¡Pero qué deliciosas horas traen consigo!
¡Cómo llenan de vida tantas vidas vacías!

Obscurece. La sombra por la puerta se cuela;
Recurro a la eficacia del cabito de vela.
Afuera la ciudad se lamenta... Prosigo...

Borroneo papeles; así el tiempo transcurre.
¡Cuánta trivialidad a un hombre se le ocurre!
¡Vaya, si pagaría por tener un amigo...!



CUADRO

A uno de los amigos una pena le agobia:
Ha perdido el empleo, se está dando a los diablos,
Rompiendo con el filo doble de sus vocablos
Unos versos galantes que hago para mi novia.

El primus monocorde hace un largo rezongo,
Mientras calienta el agua para el clásico mate;
Otro de los amigos, jovial, un disparate
Me busca en consonancia al verso que compongo.

Se dicen cuentos criollos de picante factura;
No falta algún don Juan que narre una aventura;
Luego a todos contagia el amable optimismo.

Entre frases y risas se comenta con mofa
La gravedad de Pérez, que, serio, filosofa
Con un aire de énfasis: «todo es uno y lo mismo!»



EL DOMINGO

Es tarde de domingo, y ¿quién no se acicala?
Hay que pasear y ver por ahí... la dragona.
Uno de los muchachos le «anda arrastrando el ala»
A una costurerita pizpireta, muy mona.

Férez se afeita, claro que por economía;
La cosa está difícil, evita despilfarros,
Que se van los vintenes en vueltas de tranvía,
En lustrar los zapatos y en humo de cigarros.

Uno, tras mil esfuerzos de precaución, se ata
En el cuello ajustado la rebelde corbata
Y echa pestes, rabioso, maldiciendo la moda.

Vamos como la gente, donde suenan más ruidos...
¡Se pasea! ¡Se vive!... Unos whiskys and soda...
¡Qué tristeza de tantos burgueses bien vestidos...!

Montevideo, 1916.



DIBUJOS
DE

SIRIO



EL NUEVO ENVASE PORRÓN PARA ACEITE DE OLIVA

(PATENTE EXCLUSIVA DE LA CASA JOSÉ BAU)

EL ACEITE ESTÁ ENCERRADO EXENTO
DE AIRE.-CADA PORRÓN ESTÁ LLENO
POR COMPLETO DE ACEITE.

HIGIENE Y ECONOMÍA

Significa una evolución importantísima en beneficio de los consumidores de aceite fino de oliva, la creación de este nuevo envase (Porrón) que resuelve de golpe las dificultades y deficiencias que todos encuentran en los envases más o menos cuadrados.

LA ECONOMÍA E HIGIENE DEL ACEITE ENVASADO EN PORRONES, en vez de en latas comunes, fácilmente se demuestra:

Las latas comunes, por el hecho de no terminar en cúspide, no pueden ser llenadas, haciendo el vacío de aire; contienen, por lo tanto, aceite en contacto con aire encerrado.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, no pueden vaciarse completamente, siempre queda un gran desperdicio de aceite en el ángulo correspondiente al orificio practicado para abrir la lata.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, contaminan el aceite así que se abren, porque la superficie es plana y caen sobre ella materias extrañas (en la cocina o en la despensa), y cuando se sirve el aceite, se contamina más o menos con dichas impurezas.

Hasta el aceite de botellas ofrece la desventaja de que la persona que toca el tapón con las manos o que lo deja impropriadamente en cualquier parte, al meterlo para tapar la botella, contamina la parte interior por donde tiene que pasar después el líquido.

CON EL TAPON PATENTADO DEL PORRON BAU, se garantiza la pureza del aceite hasta la última gota de su contenido, por cuanto no se puede meter la tapa dentro del gollete: lo cubre externamente (tapa por afuera).

NO SE ENCIERRA AIRE Y ACEITE DENTRO de los porrones, porque cada envase se llena íntegramente y se cierra después de practicado el vacío. La enorme ventaja de aislar el aceite del aire, es el fundamento más esencial de este invento de la casa Bau.

NO QUEDA UNA SOLA GOTA DE ACEITE EN LOS PORRONES VACIOS, porque, rematando en cúpula cada envase, se desliza hacia ella hasta la última gota de aceite.

NI EL HOLLIN, NI EL POLVO, ningún cuerpo extraño, ninguna impureza puede entrar en los porrones de aceite Bau, porque resbalarían por la cúspide y por la parte de afuera de la tapa.

NO SE CHORREA ACEITE, no se pierde aceite como en las latas comunes, porque, gracias a la disposición de la cúspide del porrón y de su boca, el aceite sale sin correrse y sin derramar.

PÍDANSE PROSPECTOS EXPLICATIVOS.

NO SE HA AUMENTADO EL PRECIO.

El costo de cada porrón vacío, es igual al costo de la lata común y, por lo tanto, la casa José Bau entrega el aceite en porrones a exclusivo beneficio de los señores consumidores, sin el menor aumento de precio.

DE VENTA EN TODA LA REPÚBLICA. PÍDASE POR SU NOMBRE: "PORRON BAU".

Agencia del aceite "Bau", en Buenos Aires

Freixas, Urquijo y Cía. - B. Mitre, 1411



JAZMIN DEL PAIS

PERFUME
DELICADO

EXTRACTO
LOCION
POLVOS

LA COURONNE
PARIS ET LONDRES

La hora en
las principales
capitales
del mundo.



Cuando es mediodía
en Buenos Aires.
Los cuadrantes pun-
teados indican horas
pomeridianas.

AMERICA



WASHINGTON
(EE. UU. N. A.)



MÉJICO
(Méjico)



RÍO JANEIRO
(Brasil)



LIMA
(Perú)



SANTIAGO
(Chile)



MONTEVIDEO
(Uruguay)

EUROPA



PETROGRADO
(Rusia)



BERLÍN
(Alemania)



VIENA
(Austria-Hungria)



LONDRES
(Gran Bretaña)



PARIS
(Francia)



ROMA
(Italia)



MADRID
(España)



CONSTANTINOPLA
(Turquía Europea)

ASIA



PEKÍN
(China)



TOKIO
(Japón)

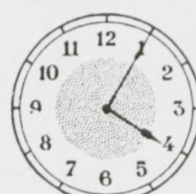


TEHERAN
(Persia)

AFRICA



EL CAIRO
(Egipto)



ARGEL
(Argelia)



FEZ
(Marruecos)

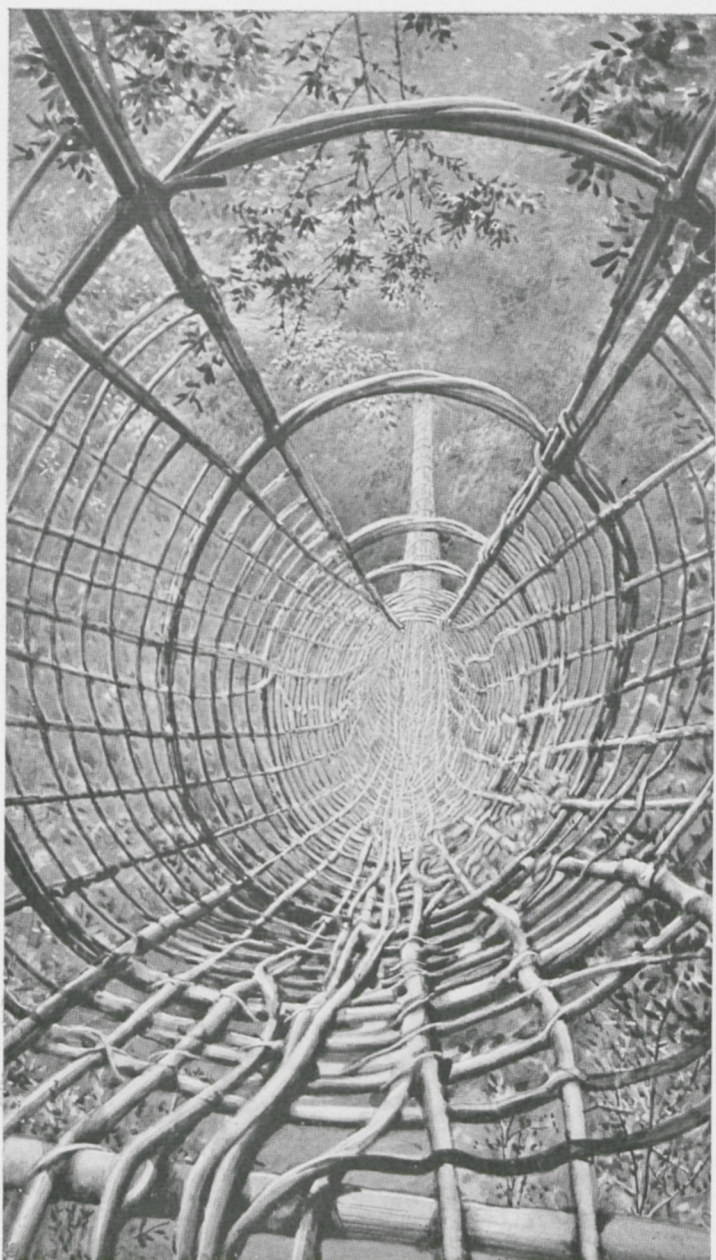
OCEANÍA



MELBOURNE
(Australia)



WELLINGTON
(Nueva Zelandia)



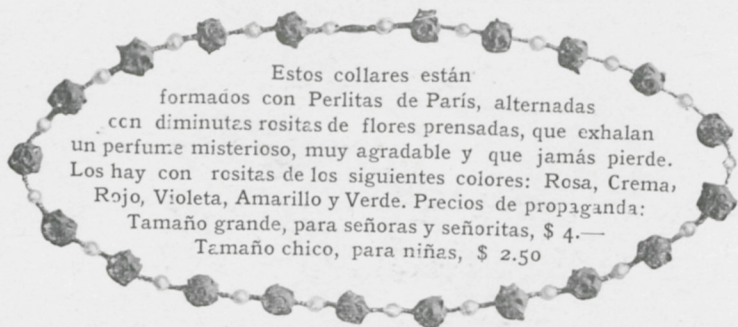
UN PUENTE COLGANTE HECHO DE RAMAS

El hombre civilizado que visita las tierras africanas se maravilla, apesar de su orgullo y su sabiduría. Allí no hay fundiciones de hierro y acero, ni se conoce la industria de la piedra tallada. Sin embargo, los indígenas saben tender puentes sobre los rápidos y peligrosos rios de aquella región.

Verdadero prodigio del ingenio humano es el puente colgante que reproduce nuestro grabado. Fué construido por las tribus salvajes que habitan las orillas del río Siyom. Los rudos ingenieros han tejido un gigantesco puente de madera, de 380 pies de longitud, y la obra resiste años y años, como si estuviera hecha de acero. Y en cuanto a los gastos de construcción, cabe sostener rotundamente que han sido más módicos que sus similares de América y Europa.

Una Creación Parisienne Sugestiva

Ha llamado poderosamente la atención y se ha difundido con rapidez asombrosa la moda de los COLLARES PERFUMADOS que somos los primeros en ofrecer en la República.



Estos collares están formados con Perlas de París, alternadas con diminutas rositas de flores prensadas, que exhalan un perfume misterioso, muy agradable y que jamás pierde. Los hay con rositas de los siguientes colores: Rosa, Crema, Rojo, Violeta, Amarillo y Verde. Precios de propaganda: Tamaño grande, para señoras y señoritas, \$ 4.— Tamaño chico, para niñas, \$ 2.50

El flete corre por nuestra cuenta. Dirigir los pedidos con importe, al Gerente de THE DIAMOND HOUSE - Tacuarí, 678 - Bs. Aires

Jabón

"TINKAL"

de fama—
—universal



Embellece
y perfuma
el cutis.

¿Por qué no lo prueba Vd.?



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6 ").....	6.— "
Año (12 ").....	11.— "
Número suelto.....	1.— "

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

PASTA DENTÍFRICA TEGAMI

Precio:

40 cts.

Higiene
de la
BOCA

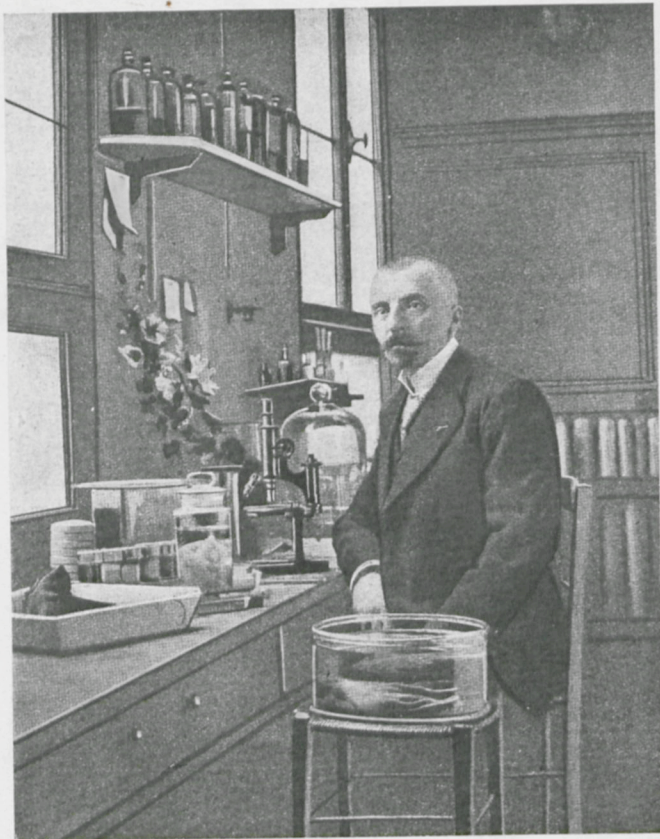
Según la ciencia moderna, las sustancias más indicadas para preservar la dentadura de sus enfermedades, son el TIMOL y el ALCANFOR, que forman la base de la

PASTA DENTÍFRICA TEGAMI

Su uso continuo mantiene los dientes blancos, sanos e intactos, y comunica al aliento un olor suave y agradable.

Antigua Farmacia Tegami - C. Pellegrini, 214

CÓMO EL AGUA MODELA LOS PECES



M. HOUSSAY, EN SU LABORATORIO

Vieja es ya la doctrina científica que sostiene que la infinita variedad de formas animales es el resultado de incesantes cambios. Esta evolución se realiza con tanta lentitud y una rareza que no podemos advertirla durante nuestra corta vida.

Muchos sabios se imaginan que la facultad de cambiar es una cualidad propia de todo ser viviente, un carácter esencial, y que la evolución resulta ser el ejercicio de esa facultad, la realización de ese poder interno. Otros, no menos sabios, opinan que los seres vivientes no son capaces de modificarse si nada cambia en torno. Consideran los cambios de seres vivientes como la traducción, la impresión o el reflejo de los cambios producidos cerca de ellos.

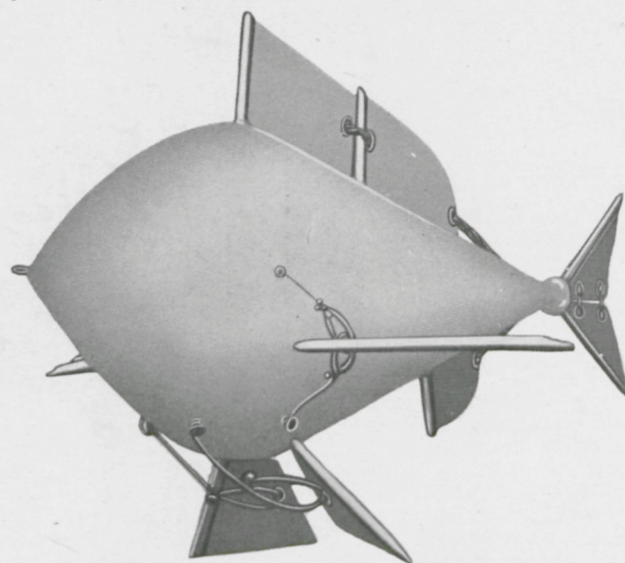
Federico Houssay, eximio profesor de la Sorbona, no ha perdido el tiempo en imaginar hipótesis, y sus experimentos acerca de la forma de los peces, arrojan mucha luz sobre tal problema. Dice Houssay, al dar cuenta de sus trabajos, que los submarinos, sumergibles y torpedos pueden considerarse idénticos a los peces, pues se agitan en el mismo medio y en condiciones semejantes. Los globos dirigibles también pueden compararseles, aunque se desplazan en un medio diferente. Por lo pronto, el aire es 800 veces más ligero que el agua; mas siendo el globo, en igualdad de volumen, 800 veces más ligero que un pez, las relaciones continúan las mismas. Por el contrario, existen grandes diferencias si se admite que el aire es elástico y el agua no. Pero esta verdad sólo se aplica a estos dos flúidos cuando se les considera inmóviles. El agua no se puede comprimir ni es elástica cuando está en reposo, mas sí lo es al entrar en movimiento, y aun más en movimiento de torbellino. Debemos, por lo tanto, considerarla elástica y vibrante.

Luego comienza a relatar sus experimentos, ocupándose de los peces que no son ni demasiado largos ni planos, esto es, de los buenos nadadores: tiburones, salmones, sardinas, arenques, etc., admitiendo, sin embargo, las carpas y las doradas que no están aplastadas en demasia.

Todo ser viviente es plástico; puede sufrir una deformación parecida a la del barro bajo el impulso de los dedos, más lenta ciertamente, pero completa si transcurre el tiempo necesario.

Muchos niños llegan a adquirir una encorvadura de la columna vertebral porque dejan ejercer la presión de su peso de una manera asimétrica, es decir, cargando el cuerpo sobre un lado. Tal deformación puede corregirse mediante el empleo de un corsé ortopédico. Si solamente en algunos años, presiones ligeras alcanzan a modificar un cuerpo, ¿qué no se podrá esperar de fuerzas mucho mayores obrando sin descanso durante siglos y siglos?

Esa fuerza enorme es la resistencia del agua. Ahora bien, para que trabaje como un verdadero escultor sobre el pez a modelar, se necesitan dos condiciones: que tenga éste, más o menos, la misma densidad del agua, y un rápido poder de «desplazamiento». Estas condiciones suprimen la acción de toda fuerza vertical hacia la superficie o el fondo. Los peces deformes, demasiado largos o demasiado planos, tienen más densidad que el agua y que los peces bien contruidos.

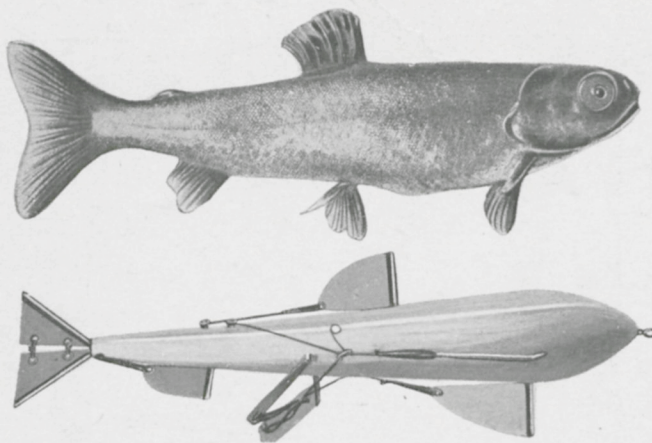


CONSTRUCCIÓN MECÁNICA DE UNA DORADA (FIG. 3)

De aquí que la resistencia del agua modele a los habitantes del mar en infinitas formas.

Quien desee comprobar los experimentos de Houssay, puede construirse el siguiente aparato:

«Para obtener un ser, un cuerpo, un móvil, un modelo (emplearé todas estas palabras) que sea *plástico*, tomo una bolsa de caucho ligero (fig. 4), de unos 20 centímetros de largo y 4 de ancho; para que sea *equidensa* del agua, la relleno con una mezcla de aceite, vaselina y cerusa, que pese tanto como el agua a igualdad de volumen; para que sea *rápido*, le pongo un hilo y remolco el aparato desde un bote, habiendo antes cerrado la bolsa por medio de dos cerrillas bien pegadas». Cuando se la remolca a pequeñas velocidades, el aparato, previamente aplastado, sigue así. A velocidad suficiente toma la forma I de la figura 4; la parte delantera plana y horizontal, plana y vertical la otra



TRUCHA Y SU MODELO ARTIFICIAL (FIG. 2)

mitad. Conforme crecen las velocidades adopta las formas II y III, teniendo la última verdadera apariencia de pez.

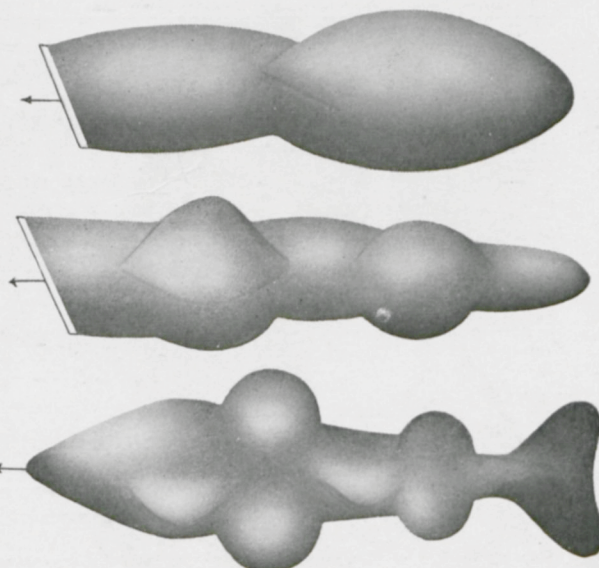
Es una aplicación del hermoso teorema de lord Kelvin sobre la transformación vibratoria de un torbellino en presencia de un obstáculo. Los torbellinos de agua huyen hacia la parte que podemos llamar popa, para dejar sitio al pez artificial que es el obstáculo. La bolsa, oponiéndose a la fuga, al escape del torbellino, toma un aspecto que se repite según cierto ritmo llamado vibración.

Baste con este experimento para dar idea de los trabajos de Houssay, pues todo el desarrollo de su teoría no cabe en los estrechos límites de una nota periodística.

Reproducimos también varios de los modelos de caucho que el ilustre sabio construyó para demostrar cómo el agua modela los peces. Houssay llama «morfología dinámica» al estudio de ese trabajo escultórico.

Houssay, uno de esos talentos preclaros, honra de la Escuela Normal francesa, como Pasteur y otros, ha venido a producir honda revolución en el mundo científico. Sus experimentos, de una claridad decisiva, abrieron nuevos horizontes a la biología moderna. Pero, si en lo que se refiere a las investigaciones influyó de modo notable, no es menos importante la influencia que las demostraciones del sabio francés habrán de tener en la industria. Las navegaciones aérea y submarina podrán aprovechar las lecciones que estos trabajos proporcionan, construyendo naves y aviones

modelados con arreglo a las sabias prácticas de la Naturaleza.



TRES FASES DEL PEZ ARTIFICIAL (FIG. 4)

CASA VACCARO

Establecida en el año 1885. - Es la casa más acreditada de la República, en las operaciones siguientes: Cambio general de moneda; Compra y venta de Títulos de Renta, nacionales y extranjeros; Cobranza de cupones; Lotería Nacional y toda comisión bancaria que se le encargue. Correspondencia a Severo Vaccaro - Avenida de Mayo, 646, Buenos Aires.

"La Cultura Argentina"

EDICIONES DE OBRAS NACIONALES
DIRIGIDAS POR EL DR. JOSÉ INGENIEROS

PRIMERA SERIE

Volúmenes formato mayor, a 2 \$ m/n.

- | | |
|---------------------------------|--|
| 1. — Mariano Moreno | — Escritos políticos y económicos. |
| 2. — Bartolomé Mitre | — Rimas. |
| 3. — Juan B. Gutiérrez | — Origen de la Enseñanza Pública Superior. |
| 4. — Vicente Fidel López | — Historia Argentina. |
| 5. — Domingo Faustino Sarmiento | — Conflicto y armonías de las razas. |
| 6. — Amancio Alcorta | — La instrucción secundaria. |
| 7. — José M. Ramos Mejía | — Las Neurosis de los Hombres célebres. |
| 8. — Martín García Mérou | — Ensayo crítico sobre Alberdi. |
| 9. — Florentino Ameghino | — Filogenia. |

Volúmenes formato menor, 1 \$ m/n.

- | | |
|----------------------------------|--|
| 1. — Bernardo Monteagudo | — Escritos políticos. |
| 2. — Esteban Echeverría | — Dogma Socialista y Plan Económico. |
| 3. — Juan B. Alberdi | — Bases. |
| 4. — Juan B. Alberdi | — Cartas Quillotanas. |
| 5. — Juan B. Alberdi | — Luz del día. |
| 6. — Juan B. Alberdi | — El crimen de la guerra. |
| 7. — Domingo Faustino Sarmiento | — Facundo. |
| 8. — Domingo Faustino Sarmiento | — Recuerdos de Provincia. |
| 9. — Domingo Faustino Sarmiento | — Argirópolis. |
| 10. — Domingo Faustino Sarmiento | — Las ciento y una. |
| 11. — Andrés Bello | — Rivadavia. |
| 12. — Hernández y Del Campo | — Martín Fierro, Santos Vega y Fausto. |
| 13. — Olegario V. Andrade | — Poesías completas. |
| 14. — Ricardo Gutiérrez | — Poemas. |
| 15. — Ricardo Gutiérrez | — Poesías líricas. |
| 16. — Vicente G. Quesada | — Historia colonial argentina. |
| 17. — Nicolás Avellaneda | — Escritos literarios. |
| 18. — Francisco Ramos Mejía | — El Federalismo Argentino. |
| 19. — Martín García Mérou | — Recuerdos literarios. |
| 20. — Martín García Mérou | — Estudios Americanos. |
| 21. — Lucio V. López | — Recuerdos de viaje. |
| 22. — Florentino Ameghino | — Doctrinas y descubrimientos. |
| 23. — Agustín Alvarez | — La Creación del mundo moral. |
| 24. — Agustín Alvarez | — ¿A dónde vamos? |
| 25. — Agustín Alvarez | — Manual de patología política. |

Estas ediciones están en venta en todas las librerías.

LA ADMINISTRACIÓN GENERAL:

CASA VACCARO - Av. de Mayo, 646 - Buenos Aires

ENVÍA FRANCA DE PORTE Y CERTIFICADA

La serie precedente completa por Argentina 43 \$ ¹¹/₁₆ Exterior 22 dólares



Vinos

TIRASSO

Los mejores de producción nacional



Muebles

norteamericanos para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios, Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)



La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para señoras y niños. Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires

PHILIPS "1/2 WATT"



1/2 WATT

EINDHOVEN (HOLANDA)



Plus Ultra

